COMEDIA FAMOSA.

EL FILOSOFO CASADO; Ó EL MARIDO AVERGONZADO DE SERLO.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Don Carlos.
Don Dionisio, tio de Don Carlos.
Don Luis, amigo de Don Carlos, y amante de Doña Rosa.
Doña Jacinta, muger de Don Carlos.
El Marquès de la Rueda, amigo tambien de Don Carlos, y amante de Doña Jacinta.
Don Estevan, padre de Don Carlos.
Doña Rosa, hermana mayor de Doña Jacinta.
Narcisa, criada de Doña Rosa.
Un Criado.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa el gabinete de un hombre estudioso, con estante de libros, y una mesa en que hay recado de escribir, libros, instrumentos matematicos, y una esfera junto à esta mesa. Está sentado Don Carlos solo, y en bata.

D. Carl. En este retiro estoy
cada vez mas bien hallado.
Aquí felizmente gozo
la libertad, y el descanso.
Aquí ni ambicion, ni envidias
me sirven de sobresalto:
con arreglo à mi fortuna,
mis deseos satisfago:
vivo solo sin hacer
profesion de solitario;
y sin cuidar de precisas
ocupaciones, trabajo.
Si un afán sério me cansa,
las musas, con dulce trato,
me enseñan à divertirme
sin presuncion de sabio.
Me figuro finalmente,
que esta pieza es un palacio,
los cortesanos mis libros,
y yo su rey, que en él mando.
Mas si en este quarto reyna
la paz, en el inmediato
todo es pura guerra: aquí
soy soltero, allá casado...
Casado yo? Si: me armé
de filosofia en vano
contra aquel hermoso sexo,
à cuyo halagueño encanto
(bien à mi costa lo sé)
no resiste el juício humano...
Pero no es mi esposa amable?
No es espejo de recato?
Yo (amante mas que marido)
no soy dueño de su agrado,
y de su amor? Pues porqué
contra el Matrimonio clamó...
Muy buena es mi muger: si;
pero es mi muger al cabo.
Nuevos defectos en ella
voy cada dia observando

que me ha ocultado hasta aquí
su artificio... Ah sexo falso!
ah Carlos, que necio fuiste!
¿ solo para tu regalo
expresamente querias,
se hubiese el Cielo estrenado
en criar una muger
sin pero? Yo, mentecato,
lo creí, y hé cometido
un hierro mas que mediano.
No hay remedio: lo que importa
es no hablar de lo pasado,
fingir paciencia por fuera,
y por dentro estar rabiando.

Empieza à leér, apoyando el codo en la mesa, y tan distrahido que no siente à Don Luís, que llega à ponersele detrás de la silla; y sin reparar en él prosigue diciendo.

Verguenza me dá mirarme!
parezco un vivo retrato
de un sabio en quien los sentidos
de la razon han triunfado...
Cruel amigo! ah Don Luís,
tu fuiste quién abusando
de mi amistad, y creencia,
me brindaste con el vaso
de veneno. Tú dixiste
que era la novia un milagro,
un Angel, tan tierna, y docil...

D. Luis. No hay que arrepentirse tanto.

D. Carlos sorprendido viendo à Don Luis.

D. Carl. Quién es? *D. Luis.* Yo, yo.

D. Carl. Conque vienes
à cogerme descuydado?

D. Luis. Si estás hablando conmigo,
no he de responder el caso?

D. Carl. No pensé que me escuchabas.

D. Luis. Tu solo en decirme agravios
es en lo que piensas; dime;
te he causado yo algun daño?

Don Carlos levantandose enojado.

D. Carl. Haberme casado. *D. Luis.* Y qué?
te parece eso tan malo?

D. Carl. No creí yo que lo fuera.

D. Luis. pues aquí tu eres el amo:
todo lo que no te guste,
hay mas sino reformarlo?

D. Carl. Hombre, calla, que à un marido
nunca puede faltarle algo
de que quexarse; y yá que
por un accidente raro,
descubriste mi secreto,
desde ahora el pecho te abro.

D. Luis. Mira: el Matrimonio es...

D. Carl. Es una vida de esclavos.

D. Luis. Para las pobres mugeres.

D. Carl. Yá te cogerá à tí el carro
como à mí, y verás si es facil
ser siempre amante, y amado
de tu muger solamente,
si no echas para lograrlo
tu memoria, entendimiento,
y tu voluntad à un lado.

D. Luis. Pero una muger de juício,
con natural agasajo...

D. Carl. La mia tiene esas prendas,
y otras mas; y sin embargo,
no dexa de hacer su gusto
por mi. *D. Luis.* Vaya: hablemos claros:
qué la tachas? *D. Carl.* Su imprudencia,
que al fin me ha de costar caro.
Temblando estoy: tu no sabes
bien los sustos que yo paso:
parece que está empeñada
en que sepa todo el barrio
que soy su marido yo.
Cada dia va buscando
nuevas visitas, de que hace
confianza sin reparo,
sobre todo de mugeres.
Cierto que anda en buenas manos
mi credito. *D. Luis.* Mal podrás
lograr intento tan arduo.
Qué? siempre tu casamiento
ha de estar oculto acaso?

D. Carl. Ojalá: pues si mi padre
sabe que estoy desposado
sin consentimiento suyo,
secretamente ha dos años,
me arriesgo à su justo enojo.

D. Luis. El te estima, y me persuado
que luego se aplacará.

D. Carl. No siento à la verdad tanto
su indignacion, como darle
un pesar, porque le amo,
y venero, de manera,
que de no haber consultado
mi Matrimonio con él,
me resulta un grave cargo.
Y aquí para entre nosotros,
tengo además de esto, empacha
de confesarme marido,
aúnque sé, que es un estado
muy puesto en razon, muy útil,
delicioso, bueno, y santo,

que las costumbres del tiempo
tiene ridiculizado.
Esta no es razon que basta;
pero... *D. Luis.* Tu prudencia alabo
en no descubrir à nadie
esa flaqueza, y me espanto
de que no hayas recurrido
à otro motivo fundado,
como es el de contemplar
à un tio rico, y aváro
que tienes; y que (en su genio
violento, y extraordinario)
te privará de su herencia,
si averigua el nuevo estado
que sin su licencia sigues.
Tu muger es necesario
que se rinda à este argumento.
D. Carl. No, no: un candado en los labios
es el argumento que hay...
Pero aún tengo otro cuydado.
No es ella sola à quién temo
que divulgue lo que callo.
Su hermana aún mas imprudente,
con sus caprichos estraños,
que un minuto está de risa,
y otro minuto de llanto;
yá séria calla; yá alegre
habla mas que un papagayo;
que tan presto toma, y dexa
el buen humor como el malo:
su hermana en fin, con quién quieres
casarte, y que yo en presagio
te prevengo desde ahóra
que ha de darte malos ratos,
con su poco miramiento;
me tiene dado à mil santos.
Ella me llena la casa
de gentes; y está tratando
siempre aquí con sus amigas.
Don Luís, yo paso unos tragos
de muerte: porque si voy
à visitarla à su quarto,
apenas entro, yá callan;
luego empiezan à hablar baxo,
à mirarme, à sonreirse;
levantan de quando en quando
allá una algazára entre ellas,
y por ciertos gestos saco,
que mi dichosa cuñada
à todos ha confiado
mi secreto; y que podrán
ser (en tres dias, ò quatro)
mis confidentes Madrid,
y sus Pueblos comarcanos.
D. Luis. Pues esa es mucha imprudencia,
verás que bien se lo canto
à tu cuñada, y tu esposa
Doña Jacinta... *D. Carl.* No: à espacio.
Mejor ha de ser hablarlas
con suavidad; y te encargo
adviertas à mi parienta
que verá como me escapo
desde luego de Madrid,
y me establezco en el campo,
si no me guardan mejor
el secreto.
D. Luis. Bien pensado... *con risa falsa.*
pero Vm. se prevendrá
de paciencia en todo caso.
D. Carl. Y Vm. à imitacion mia
en el mismo tono.
vaya haciendo de antemano
bastante provision de ella:
todos la necesitamos.
Yo conozco à Doña Rosa,
y temo::- *D. Luis.* Yo la idolatro;
y de todos sus defectos
no se me daría tanto,
si la dificultad solo
estuviera yá en casarnos.
Pero como por las causas
que sabes, no la declaro
mi familia, y apellido,
conozco que está dudando
si en sér mi esposa tal vez
se humillará demasiado.
Lo cierto es que ella me quiere,
y si consigue mi hermano
que no se trate yá mas
sobre aquel cuento tan agrio,
que solo por pundonór
he tomado yo à mi cargo;
sabrá tu cuñada al punto,
qual es mi sangre, y mi grado.
D. Carl. Y eso antes hoy que mañana.
D. Luis. Pues à Dios. Voy como un rayo
à reñir à tu muger,
y à Doña Rosa... *D. Carl.* Yo aguardo
à que este tonto se case,
y asi me veré vengado
de lo que por él padezco.
Vuelve à sentarse junto à la mesa, y à leér. Sale Narcisa, y despues de haber observado un rato à Don Carlos en silencio; dice.
Narc. Siempre está leyendo mi amo! *ap.*

su muger de usted, Señor::-
D. Carl. Grita; eso es: dilo mas alto.
Narc. Si haré, su muger de usted::-
D. Carl. Dime; ¿no estoy predicando
cerca de dos años há
que semejante vocablo
no se pronuncie en mi casa?
Narc. Ya lo sé; pero no caygo
siempre en ello; y sobre todo
en decirlo qué mal hago?
D. Carl. Muchos males: el primero
no obedecer lo que mando:
el segundo::- *Narc.* Pensará
quién le oyga à usted que es pecado,
dar à mi amo el mismo nombre,
que recibió del Vicario. *D. Carl.* Narcisa.
Narc. Que manda usted.
D. Carl. No oyes que te estoy hablando?
Narc. Pues quién atienda à sus cosas
de usted, tendrá buen trabajo.
D. Carl. Podré decir dos palabras?
Narc. Y aunque usted quisiera quatro.
D. Carl. Tu no sabes que un secreto::-
Narc. Digole à usted, que ha dos años
que tenemos una vida,
que no es carne ni pescado;
y yá el secreto me estorba.
D. Carl. Y tu à mi me tienes harto.
Narc. No es un cargo de conciencia
pretender que estén callando
tanto tiempo tres mugeres?
Yo viviria en un claustro
con cilicios, oraciones,
y ayunos, como à mi salvo
me dexasen siempre hablar.
Se levanta Don Carlos.
D. Carl. Hablad: quién os vá à la mano?
No, no soy tan loco yo,
que me empeño en sujetaros
la lengua. En un solo asunto
impongo expreso mandato
de que calleis. *Narc.* Pues Señor;
como es el arbol vedado
ese asunto, por lo mismo
con mas gusto de él hablamos.
A mi si me presentasen
diez manjares delicados,
y entre ellos me prohibiesen
probar de algun mal guisado,
cabalmente mi apetito
se tiraría à aquel plato.
Y asi considere usted
como estaré yo rabiando
por hablar de su casorio.
D. Carl. Habrá espiritu mas raro
de contradicion! qué idea!
que indiscrecion! qué desbarío!
esto es ser muger al fin.
Narc. Si, pero aúnque asi seamos,
con todos esos defectos
mandamos à zapatazos
á los hombres, siendo escollo
de Filosofos, y vanos.
El juício tienen ustedes,
pero nosotras en cambio
tenemos el atractivo.
Quál es mas fuerte contrario?
En vano contra nosotras
claman severos los sabios,
pues su ceño no se libra
de nuestros ojos tiranos.
En su ciencia, y reflexíones,
bien pueden estár fiados,
que si vén en una chusca
una risita, un alago;
adios, amigo; rindiose
la plaza al primer asalto.
D. Carl. En dos palabras ha dicho *ap.*
toda mi vida, y milagros.
Narc. Dios me dexe vér à usted
con seis chiquillos al canto,
que le alboroten la casa,
à gritos, lloros, y saltos.
Qué gracioso estará usted
à caballito en un palo,
ò jugando al escondite
con ellos para acallarlos!
D. Carl. Ella se rie à mi costa
la gran picara; y lo malo
es, que tiene razon::- mira:
es arrojo temerario
descubrir mi matrimonio;
porque me llevaré el chasco
de no llegar à heredar
à un tio que Dios me ha dado.
Narc. Qué! desea usted ser rico?
Vaya: son (si no me engaño)
los Filosofos, lo mismo,
que los hombres ordinarios.
Ola! Aquellos pensamientos
que usted tenia tan altos,
que se han hecho? Usted decia:
no hay vicio mas vil, y baxo,
que el ancia de enriquecer!
à quantos destruye, à quantos!
Yo demasiado contento

con

con mi fortuna me hallo.
Un tesoro de virtudes
es el mayor, el mas grato,
y por él despreciaria
el cetro de un Soberano.
Y yo apuesto que si alguno
despues tomára al muchacho
por la palabra, diria:
pues qué? Soy yo tonto acaso?
D. Carl. Todavia en lo que es justo,
de esa opinion no me aparto;
pero mis hijos podrán
maldecirme, si yo trato
de seguir (en daño suyo)
mi Filosofia: el sabio
debe elegir un buen medio:
y à mí me toca dexarlos
bien puestos, y no perdér
este rico mayorazgo.
Narc. Señor, es mucha razon;
pero esos hijos reparo
que todavia no existen:
yá vendrán; mas sin embargo,
crea usted que su linage
no será muy dilatado.
D. Carl. Y porqué no? Apenas llego
à treinta años; y asi::- *Narc.* Ay amo!
usted quiere tener juntos
muchos dones encontrados;
y comunmente se dice,
que los hombres literatos
aunque por su habilidad
son útiles al estado,
no tienen la de aumentarle.
D. Carl. Narcisa, merece aplausos
el cumplimiento ingenioso
que me has hecho; pero añado,
que aunque se sufran los chistes
en una criada à ratos,
crian alas, y molestan,
si los amos son bonazos;
y al fin logran que las echen
à la calle por un brazo.
Creo que esta prevencion
que à mi Narcisa en paz hago,
la servirá de gobierno:
sino es facil remediarlo.
Narc. Un Filosofo parece
mal politico; ignorando
que en despedir à quién sabe
su secreto, busca un daño;
y mucho mas si es del sexo
inclinado à los resabios
de parlar, y de desquitarse::-
D. Carl. Cierto, y aún es necesario,
dar uno à sus confidentes,
en buena moneda el pago.
La dá un bolsillo.
Toma por ahora, y calla.
Paciencia. *ap.*
Narc. Era bien pesado
el secreto; mas con esto
será un poco mas liviano.
Qué muchacha tan callada
me voy haciendo! Entretanto,
pongame usted por remedio
este unguento mexicano.
D. Carl. Si en eso solo consiste,
me servirás bien? *Narc.* De pasmo:
ah! le daré à usted de parte
de su parienta un recado::-
D. Carl. De quién? *Narc.* De su muger.
D. Carl. Cómo?
Narc. Ha, sí! no sé lo que me hablo.
De mi ama quiero decir,
que ha de venir à este quarto
à tratar ciertos asuntos
con usted. *D. Carl.* Yo no me amaño
à hablar con ella de dia;
es menester escusarlo.
Dila, dila que à la noche
tendrémos tiempo sobrado.
Ahora voy à estudiar
con sosiego, por espacio
de un par de horas. *Narc.* Yo diré
que hoy está usted ocupado. *vase.*
D. Carl. No hay argumento que asi
persuada, como un regalo
à tiempo, y la suavidad.
Grandes remedios son ambos
para gente incorregible.
Con ellos veré si atraygo
à Narcisa. Ahora pues,
que me siento despachado,
solo, y con tiempo de sobra
vamos à emplearle en algo.
Sale Doña Jacinta sin hablar.
Cómo? Tú en mi gabinete!
D. Jac. Temes mi vista?
D. Carl. Al contrario;
mas te quiero que à mi vida.
Pero à estas horas estraño
entres aqui; No te ha dicho
Narcisa lo que hace al caso?
D. Jac. Si, pero pensaba hablarte
sobre cierto punto. *D. Carl.* En dando

tu en una tema, acabose.
D. Jac. Cometo algun atentado
en visitarte? Mi gusto,
y obligacion satisfago.
D. Carl. La obligacion de una esposa,
es mostrar en todo agrado.
D. Jac. Sugecion querrás decir;
y me parece Don Carlos,
que de todo el Matrimonio,
lo que te agrada es el mando;
y que yo como una esclava::-
D. Carl. Eso es llamarme tirano,
y me ofendes. Solo pido
una atencion, un buen trato,
no obsequios, ni esclavitud,
y que jamás de tu labio
salga, Jacinta, el secreto,
que estoy encubriendo tanto.
Si alguno entrase aqui ahora,
y nos viese mano à mano
diria::- *D. Jac.* Pues bien, que digan:
à mi que me importa? *D. Carl.* Alabo
la frescura! qué me importa!
dime, muger, por San Pablo,
no sabes las causas que hay
de ocultar nuestro contrato?
D. Jac. No puede ser. *D. Carl.* Ya se vé;
si tu lo andas publicando.
D. Jac. Por mi yo haré lo que quieras.
Pero pretendes acaso
tapar la boca, y los ojos
à las gentes? *D. Carl.* Vamos, vamos:
sin duda esto se descubre.
D. Jac. Marido, yo trás de eso ando.
D. Carl. Y porqué? *D. Jac.* Porque ya se halla
mi corazon tan ufano
de poseer tal esposo,
que para tener el lauro
completo, solo me falta
poder desde hoy divulgarlo.
D. Carl. Con que maña una muger
à un hombre le ata las manos!
D. Jac. Tú la has tomado conmigo
no sé porque.
D. Carl. Si me enfado,
es solo contra mi propio;
porque fuí tan insensato,
que te creí muger cuerda,
y de palabra, en el pacto
que solemnemente hicímos
los dos, antes de casarnos,
de que tu hermana tan solo
lo sabría. Sin embargo
voy viendo que mi secreto
(gracias à vuestro cuydado)
se ha vuelto secreto à voces.
D. Jac. Puedes hacer esos cargos
à tu cuñada, que yo
he callado demasiado.
D. Carl. Y te pesa? *D. Jac.* Sí; porque
con esos misterios, damos
à todos que sospechar.
Vivimos juntos: el barrio
murmura lo que Dios quiere;
y yo por todo ello paso.
Lo que te suplico, en premio
de mi paciencia Don Carlos,
es, que al Marqués de la rueda
todo se lo descubramos.
D. Carl. Al Marqués? Qué estás diciendo?
De él cabalmente me guardo
mas que de nadie. Aúnque se halla
metido entre cortesanos,
sin instruccion, con un genio,
alegre como muchacho,
es un Filosofo oculto
defensor del celibato,
que hace manifiesta burla
de novios, y enamorados;
y yo mas de ochenta veces
(para decirtelo claro,)
apoyando su opinion,
por mi parte le he ayudado.
Si voy ahora à contarle
que soy marido, que gano?
Que vaya haciendo de mí
por todo Madrid escarnio.
D. Jac. Y el matrimonio es afrenta?
D. Carl. Es afrenta haber mudado
de ideas, conducta, y genio,
y exponerse un hombre blanco
à que le silven. *D. Jac.* Amigo,
el Marqués no ha de ignorarlo.
D. Carl. Qué motivo hay? *D. Jac.* Uno solo
muy prudente, y necesario;
y quando lo sepas::- *D. Carl.* Vaya,
dimele sin mas reparo.
D. Jac. Pues mira: ese palaciego,
que à todo el genero humano
satiriza, y que defiende,
que ha de ser uno de marmol
para ser hombre de juicio
muy fino, y apasionado,
desde que viene à esta casa
siempre me está requebrando.
D. Carl. A tí? *D. Jac.* A mi.
D. Carl. Jacinta? *D. Jac.* Qué hay?
D. Carl. Buena traza. *D. Jac.* Por libraros

à

à los dos quizá de un lance
callaba; pero ya es tanto
lo que me ostiga, que elijo
por medio mas acertado,
informarle francamente
de que yá es tuya mi mano.
Determina (pues para eso
te concedo un breve plazo,)
quién de los dos ha de darle
la noticia: yo no callo
si pasa del dia de hoy,
porque ya estoy rebentando. *vase.*

D. Carl. Mira, espera::- Qué me pesa!
la creeré? Vaya que es falso;
porque el Marqués::- apostemos
à que todo es inventado
por ella para::- No, no::
ella es muger de recato,
y sospechar tál, sería
ofenderla::- En qué quedamos?
Enamorado el Marqués?
Me alegro, como soy Carlos.
De qué? De que solicite
à mi muger? Este es chasco.
Yá recelo de mi honor::-
Mi honor::- Oh! que mentecatos
somos todos los maridos!
buscaré al Marqués::- Veamos
si con un poco de maña,
le hacemos confesar algo
de su flaqueza::- Si está
bien enamorado, guapo!
no se atreverá à culparme
de haber caído en el lazo::-
Por fin tomaré un partido:
pero quál? Ese es el caso. *vase.*

ACTO SEGUNDO.

Sala de la habitacion de Doña Jacinta inmediata al gabinete de Don Carlos. Salen Doña Rosa, y Narcisa.

D. Ros. Conque luego ha de venir
aquí el Marqués de la Rueda?
Narc. Si, Señora. *D. Ros.* Y te parece
que él me quiere? Dí que piensas?
Narc. Que no. *D. Ros.* Si supieras tu
lo que eso me desespera!
Narc. No tiene usted que jurarlo.
El no se rinde à bellezas.
D. Ros. Pór lo mismo deseára
que mis ojos le vencieran,
y todo será, que un dia
se me ponga en la cabeza.
Yá sabes tu que hay un arte,
en el qual soy yo maestra,
de atraher, y avasallar
aún al que mas nos desprecia.
Narc. Haga usted por conquistarle.
D. Ros. Te burlas?
Narc. No, no; de veras.
D. Ros. Pues mira no he de parar
hasta tanto que lé veas
à mis pies bien derretido.
Narc. Pero usted quando él la quiera
que vá à ganar. *D. Ros.* Qué? Decirle
que desprecio sus ternezas,
que ni su genealogia,
ni sus muchas conveniencias,
ni su distinguida clase,
le libran, de que le tenga
por un necio presumido.
Narc. No lo es, Señora, antes lleva
la opinion de que el estado
felíz es la indiferencia:
respeta mucho à las damas,
y si llegára à quererlas,
tubieran razon de amarle::
creo que usted, aúnque él sea
como dice, lograría
gloria mucho mas completa,
en rendirle, y complacerle
con fina correspondencia,
que en tener la voluntad
siempre à ese Don Luis sujeta:
que aúnque ha mucho que con mi amo
tiene intimidad estrecha,
y usted le quiere; yo estoy
muy mal con que se le atienda.
Usted debiera emplearse
en un hombre de otra esfera,
porque Don Luís, yá usted vé
que::- *D. Ros.* Te engaña la apariencia:
y à mi el corazon me dice
que es preciso haya nobleza
en Don Luís: y que sabemos
si por razones secretas,
que quizá::- *Narc.* Si vé esas cosas,
se léen en las Novelas;
yo bien conozco sus fines.
Aquella benevolencia,
y sumision es nacida
de su codicia; él intenta
hacer fortuna, aumentando
su caudal, con las haciendas
que heredó usted de su tia.

Le vé usted como una seda;
pues casese usted con él;
verá como se revela.
D. Ros. Bien dices: me han ocurrido
á mi las mismas sospechas
freqüentemente, trayendo
conmigo misma una guerra
dos años ha, sin poder
deshacer mi pasion ciega.
Queriendo à Don Luís, mil veces
le he recibido severa:
mil veces le he despreciado,
revestida de sobervia.
Salí de Madrid, creyendo
sanar mediante la ausencia;
pero todo ha sido en vano.
Estoy hechizada::- espera::-
con el mal humor que hoy tengo,
le haré perder la paciencia.
Narc. Ahora no fuera malo
tener alguna xaqueca,
olfato para adquirir
un poco de displicencia.
Don Luís vendrá, pero usted
apenas le vé flaquea::-
D. Ros. No: ya me voy disponiendo
à indignarle con ofensas:
díme algo para irritarme:
tocame alguna materia
enfadosa, por exemplo:
de mi hermana. *Narc.* En hora buena.
Pues es de saber que mi ama,
con no sé que impertinencia,
apuró yá el sufrimiento
à Don Carlos, de manera;
que le obligó à prorrumpir,
hoy en ciertas indirectas,
que podrán tener acaso
algunas resultas sérias,
con las quales es posible
que Doña Jacinta pierda
su dicha, y tranquilidad.
La pesa à usted? *D. Ros.* Me deleyta
esa noticia. Ha dos años
que ni un instante me dexa
vivir gustosa la envidia
que tengo, de que posea
tal felicidad mi hermana.
Narc. Pues, Señora, usted convierta
en iras todo eso gozo,
porque de la tal quimera,
se siguieron unas paces
tan amistosas, tan tiernas
que el Filosofo Don Carlos,
tuvo en ellas la flaqueza
de llorar: yo me enternezco
de pensarlo... *D. Ros.* Que me cuentas?
Con que en fin, no dexan ellos
de amarse? *Narc.* Con mas fineza
que el primer dia, ya es mi amo
esclavo de su parienta.
D. Ros. Jesus que tonto! *Narc.* Oyga usted.
Quanto mas quiere hacer ella
de mandona, al quarto de hora
mas la estima. *D. Ros.* Qué impaciencia!
qué gracia, qué dón tendrá
Jacinta, que asi maneja
con tanta facilidad
à un hombre de aquellas prendas?
Si fuera marido mio
Carlos (y ojalá lo fuera),
aún que pecase de humilde,
era cosa muy diversa...
Pero sujetarse ahora
à mi hermana... Qué baxeza!
vaya, ese hombre no tiene ojos.
A mi estas cosas me vuelan!
Narc. Señora, à quantas estamos
de Don Luís? *D. Ros.* Ha! me atormentas,
solo con en nombrarle. *Narc.* Bien.
Yá viene él ácia esta pieza
cabalmente, y yo me voy;
por si estorba mi presencia. *vase.*

Doña Rosa se recuesta en una silla como abandonada, y se pone en ademán de pensativa. Sale Don Luis, y despues de estár mirando un rato à Doña Rosa, que hace como que no le vé, dice.

D. Luis. Usted desea estár sola:
no es verdad? *D. Rosa.* Si usted tuviera
un poco mas de discurso,
lo conociera à la legua.
D. Luis. Señora; yo bien conozco
que mis visitas molestan
à usted. *D. Rosa.* Pero sin embargo.
No hay forma de que una pueda
con seriedad.
verse libre de usted. *D. Luis.* Hoy *ap.*
no está para muchas fiestas:
vamos con tiento.

Sientase en un rincon de la sala.

D. Rosa. Bien puede
usted tomar ya la puerta. *con enfado.*
D. Luis. Podrémos saber porqué?
D. Rosa. Yo no tengo que dar cuentas
à nadie. *con gravedad.*

D.

D. Luis. Es así, Señora...
Pero si la ardiente hoguera
de mi pecho::- *D. Ros.* Yá irá usted
à decir una simpleza.
Levantandose de pronto, y con enojo.
D. Luis. Pues no hablaré mas.
D. Ros. La ardiente
hoguera! Qué lengua es esa?
Me revuelve interiormente.
No me la hable usted, y sepa,
que ya mi genio, y el suyo
se llevan muy mal.
D. Luis. Paciencia: *ap.*
no hay que hacer caso, entre tanto
que dura esta ventolera.
D. Ros. Juzga usted que soy novicia?
D. Luis. No lo es usted: quién tal piensa?
D. Ros. Y que quiere usted decir
con eso... Salga usted: ea!
D. Luis. Pues à Dios.
D. Ros. No: espere usted; *deteniendole.*
ya caygo en que usted desea
quebrar la amistad conmigo,
pronunciando una insolencia
semejante. Bien está!
quebrémos quando usted quiera;
pero antes ha de decirme
claro, que bulla fué aquella.
D. Luis. Pensó usted que la tenia
por novicia, y yo en respuesta
procuré desengañarla,
diciendo que usted no lo era.
D. Ros. Pero eso que significa?
D. Luis. Nada mas de lo que suena
D. Ros. Qué pobre hombre es usted.
D. Luis. Yo:::
D. Ros. A que viene esa modestia?
A usted si le han de tratar
como à novicio.
D. Luis. Usted crea, *riendose.*
que yo lo soy como usted.
Usted se rie? *D. Ros.* Por fuerza:
aunque ahora estoy rabiando,
me ha gustado esa agudeza.
D. Luis. Segun eso, durarán *rie mas.*
yá poco nuestras pendencias.
D. Ros. No, Señor, le juro à usted,
Volviendo à ponerse seria.
una antipatia eterna.
D. Luis. Ella inventa estravagancias,
mas yo sabré suspenderlas.
Ya veo que es imposible, *à D. Ros.*
Señora, que usted me absuelva;
no sé qual es mi delito;
pero si sé que mis quexas,
y obsequios, me hacen odioso,
y que en vano se violentan,
en amor las voluntades.
Quizá quando yo fallezca
de dolor, llorará usted
mi muerte, y aún despues de ella
me echará menos, à Dios.
D. Ros. Don Luis, Don Luis!
enterneciendose.
D. Luis. O que penas
mirandola tiernamente.
sufro por esa hermosura!
D. Ros. Que este traydor me enternezca!
oyga usted. *D. Luis.* Voyme por ver
si tolera, usted mi ausencia.
D. Ros. No, no,
Don Luís. *deteniendole.*
D. Luis. Usted mire,
que solo por complacerla
me quedo. *D. Ros.* Por complacerme?
D. Luis. O sino por obediencia.
D. Ros. Qué rabia!
D. Luis. De qué, Señora?
D. Ros. De que sea yo tan necia
que no me pueda pasar
sin vér à usted. Yo quisiera
desde ahora aborrecerle
tanto como le amo.
D. Luis. Es buena!
no acaba usted de jurarme
una antipatía eterna.
D. Ros. Ah! como mentí! ya juro
lo contrario. *D. Luis.* Qué protestas!
Y qual de esos juramentos
creeré tenga firmeza?
D. Ros. El ultimo que ha nacido
de una pasion verdadera
del corazon, que el primero
solo le dictó la idèa.
Mi pecho se inclina à usted;
si defectos no tuviera.
D. Luis. Luego tengo yo defectos
que... *D. Ros.* Defectos, à docenas;
esa es materia muy larga.
D. Luis. Bien: pues echemosla tierra.
Usted en primer lugar
aúnque en su exterior demuestra
gran sinceridad, oculta
mucha malicia, y trastienda.
D. Ros. Oyga usted un sermoncito,
sin aguardar à quaresma.

Usted se tiene por hombre
de merito, y menosprecia
el de otros públicamente.
Mas: por debaxo de cuerda,
satiriza à sus amigos,
y viendose en su presencia,
los adula: el interés,
y amor propio siempre reynan
en usted: y si las damas
no le miran; se recrea
en contemplar su beldad
en un espejo, hora y media.
Amigo, esta pinturita
debe darle à usted verguenza.
Mas con todas esas faltas,
le quiero à usted muy de veras.

D. Luis. Bien Señora: yo hablaré
con esta misma franqueza.
Usted es graciosa, es noble,
pero impaciente, y sobervia.
Nunca los males que advierte
en el proximo la alteran;
y de vér à los demás
con salud, se pone enferma.
Usted tiene entendimiento,
pero à veces dá en rarezas;
y en mi vida he visto humor
con tantas intercadencias.
A toda muger bonita,
la declara usted la guerra,
y despues al mundo entero
con sus ojos quiere hacerla.
Decir quatro sequedades,
cree usted que es ser ingenua;
en fin de todos asuntos,
habla usted venga, ò no venga,
y no es capáz sobre todò,
de tener cosa secreta.
Amiga, esta pinturita
debe dár à usted verguenza.
Mas con todas esas faltas,
la quiero à usted muy de veras.

D. Ros. Es posible? *D. Luis.* Sabe el Cielo
que es fiel mi aficion, que es ciega:
y aunque conozco en usted
ciertos defectos que afean
sus gracias, mi pecho amante
repára en ellos apenas.

D. Ros. Menos los he reparado
yo, pues me cogen de nuevas.
No, no, quiero yo marido
que me conozca, y me entienda
como usted, sino que piense
que su muger es perfecta.

D. Luis. Bien está: si lo es, y mucho:
queda usted ya satisfecha?

D. Ros. Tarde se desdice usted;
no cuela amigo, no cuela.

D. Luis. Todo ha sido chanza, y dicho,
sin fin de que usted se ofenda.

D. Ros. Podré esperar todavia,
con tono de suavidad.
Don Luís, que usted me obedezca?

D. Luis. Siempre.

D. Ros. Pues no vuelva usted
à ponerse en mi presencia.
con seriedad è imperio.

D. Luis. Usted se burla. *D. Ros.* No burlo:
pronto, sin replicar, fuera,
antes que haga un disparate.

Vase Don Luis, y prosigue Doña Rosa.

Cómo à mi estas insolencias!
segun el dice, soy loca,
y lo que llaman coqueta...
Loca si soy; pues le quiero.
Mas (si bien se considera)
no es un buen mozo Don Luís,
digno de que le prefieran?
Es verdad, y esa es mi rabia.
Con que siguiendo esta regla,
supuesto que le amo tanto,
no soy loca, es consequencia:
en quanto à coqueta; vaya:
lo soy, ò no? Echemos cuentas
Doña Rosa, la verdad.
Vamos: en parte no dexa
Don Luís de tener razon,
pero, en mi sexo es afrenta,
querer aguardar à muchos,
y que mil nos hagan fiestas?
Esta por ostentacion,
por mera ambicion aquella,
y por complexion la otra,
todas lo mismo desean.
Dice que soy impaciente,
y envidiosa? Pues que piensa
que me ha de gustar, que viva
felíz mi hermana, y contenta,
y que siendo yo mil veces
mas dama, Jacinta tenga
un marido que de mí
debió prenderse, y no de ella?
Soy sobervia; bien está:
hay muger que no lo sea
conociendo que es bonita?
Soy imprudente, y parlera:

quién dice que las mugeres
para secretos son buenas?
En fin, seré caprichosa:
y digo, hay mayor cansera
que ser una siempre igual,
y no variar de sistema?
Con que asi, Señor Don Luís,
resuelvo con su licencia,
que usted es un embustero,
y yo una muger perfecta.

Doña Jacinta, despues de haber estado escucbando por detrás de Doña Rosa.

D. Jac. Muger perfecta! eso si.
Valiente sermon de exéquias,
te has hecho à tí misma en vida.
D. *Ros.* Te ha gustado?
D. Jac. Quién lo niega?
D. *Ros.* Oyes; si predico el tuyo,
entonces será la fiesta.
D. Jac. Es que en tratando de mí, *sonri.*
hablas tu de otra manera.
D. *Ros.* Yo digo aquello que creo,
y siempre cosas muy ciertas.
D. Jac. No todo lo que se cree
ha de ser verdad por fuerza.
D. *Ros.* Yo bien sé que nunca es falsa
cosa alguna que se crea.
D. Jac. Sí; y aún por eso te tienes
por cabal. D. *Ros.* Clara es la prueba,
porque entre nosotras dos
hay una gran diferencia.
D. Jac. En no parecerse à tí;
no creo que nadie pierda.
D. *Ros.* Quieres engañar al mundo
con tu carita modesta;
pero todos te conocen.
D. Jac. De mi ninguno se quexa
aunque me haya conocido:
otras, si las conocieran,
nada ganáran en ello.
D. *Ros.* Te alabas de la destreza
con que embobas à tu esposo,
que por mucha bondad peca.
D. Jac. Yo solo aspiro à agradarle:
este es mi arte, y él le aprecia,
tú le adelantáras mas,
como mi estado tubieras.
D. *Ros.* No conoce bien Don Carlos
tu hypocresía, y cautela,
ni que tu merito es solo,
un merito de apariencia.
D. Jac. Tu que en realidad le tienes,
y tanto de ello te precias
deseaste conquistarle,
y no lograste la empresa.
D. *Ros.* Cómo no? Porque no quise
no llevé la preferencia.
D. Jac. Siendo mi hermana mayor,
cómo pudiste perderla?
D. *Ros.* Fué porque era para mí
muy poca conquista aquella.
D. Jac. Con todo eso mi fortuna
en tí la envidia despierta;
como à hermana me estimabas,
ya casada me desprecias.
D. *Ros.* Casada sí, con un tonto.
D. Jac. Alto aí. Si hay quien se atreva
à injuriar à mi marido,
yo emprenderé su defensa;
y usted saldrá de esta casa
sino procede mas cuerda.
D. *Ros.* De muy buena gana: yá
es imposible que pueda
vivir contigo un instante.
Me sofocas, me deguellas,
y aunque tengas diez maridos,
he de hacer que te arrepientas.

Sale Don Carlos con un libro en la mano, Doña Rosa le tira del brazo, dexandole caer el libro, y le dice.

D. *Ros.* Venga acá el Señor Don Carlos,
que para que se divierta,
quiero contarle mil cosas.
Alzando la voz.
sepa usted que su parienta::-
D. Carl. No hemos quedado cien veces,
en que jamás se profiera
tal nombre? D. *Ros.* Vaya, Señor;
dexe esa delicadeza.
D. Jac. Si tú como buen marido
me estimas:- *D. Carl.* Muy bien empiezas,
marido! Carlos me llamo.
En suma, segun las señas,
por frioleras quizá
tuvisteis una refriega.
D. Jac. Qué, que? Frioleras dices?
D. *Ros.* Sí: no es mala friolera!
D. *Jac.* Usted, pues, Señor Don Carlos,
(yá que manda que por fuerza
se le dé este tratamiento;)
sepa que mi hermana::- D. *Ros.* Sepa
que Jacinta::- *D. Carl.* Bien; las dos
teneis razon. *D. Jac.* Qué paciencia!
D. *Ros.* No hay que burlarse: se trata::-
D. Carl. Se trata de que esté quieta
la casa. Yo no examino

las causas de la querella,
porque para averiguarlas
tendrémos qüestiones nuevas.
Solo quiero que una, y otra,
convengais sabias, y cuerdas
en hacer las amistades.
D. *Ros.* Quién, yo? No sabe usted que esta
me ha despedido de casa?
D. *Carl.* Cómo! semejante idéa
en Doña Jacinta cabe?
D. *Jac.* Qué quiere usted que suceda,
si estaba ultrajando à usted
Doña Rosa en mi presencia?
D. *Carl.* Vaya, no hay que alborotarse
si era por eso la gresca;
que à mí injurias de mugeres
no me hacen la menor mella.
D. *Jac.* Eso es mucho despreciarnos.
D. *Ros.* Las mugeres no se truecan
por quantos ingenios hay,
entregados à las letras.
D. *Jac.* Para usted no hay nada bueno
sino está en letra de imprenta.
D. *Ros.* Trate usted con las mugeres,
que ellas à vivir enseñan.
D. *Carl.* Pues estamos bien! ahora
ya es conmigo la pendencia.
Señoras, si no hago caso
de que las damas me ofendan,
es por respeto à las faldas.
Veamos si se sosiegan
ustedes, y me refieren
como empezó la quimera.
Doña Jacinta se pone à reflexionar.
D. *Jac.* A mi hermana que lo diga.
D. *Ros.* No, Señor: que lo diga ella.
D. *Jac.* Yo no me acuerdo. D. *Ros.* Ni yo.
D. *Carl.* Conque en resumidas cuentas,
reñís sin saber porqué;
pues yo daré aqui sentencia:
ò haced las paces; ò sois
locas hechas, y desechas.
D. *Jac.* Poco à poco.
D. *Ros.* La mas loca *enojada.*
de nosotras, es mas cuerda
que usted. D. *Carl.* Pues bien: usted riña,
si con eso está contenta.
D. *Ros.* Yo riño, quando me enfado.
Pero así con esa flema *con seriedad.*
que usted gasta; no Señor.
D. *Carl.* Siento que ustedes suspendan
la qüestion, porque confieso
que las dos à competencia
me tenian divertido
con sus dichos, y vivezas.
Animense ustedes. Vaya;
se han cansado ya esas lenguas?
D. *Ros.* Oyes, divierte al Señor.
D. *Jac.* Qué diversion tan amena!
D. *Ros.* Pues no ha de reirse usted
por ahora à costa nuestra;
y harémos las amistades
solamente por la tema.
D. *Jac.* Aúnque no pensaba en ello,
para siempre habré de hacerlas.
D. *Ros.* Venga esa mano.
D. *Jac.* Muy bien. *se dán las manos.*
D. *Carl.* A mucha costa se vengan.
D. *Ros.* Pues mejor para nosotras.
D. *Carl.* Ahora yá solo resta,
que para hacerme rabiar
se abracen. D. *Ros.* Jacinta: llega:
solo por eso un abrazo.
D. *Jac.* Bien está: lo que tu quieras.
Se abrazan.
D. *Carl.* Eso es; y yo para que ambas
conozcan quanto me pesa
de verlas ya tan amigas,
tambien quiero en recompensa,
abrazarlas. D. *Ros.* Ah! qué falso!
D. *Jac.* Engañónos con destreza.
D. *Carl.* Mi deseo se ha cumplido.
Abraza consecutivamente à las dos. Don Dionisio llega à la sazon, se detiene observando à Don Carlos, y apenas habla, se van corriendo las dos hermanas.
D. *Dion.* Aprieta, sobrino, aprieta.
Vaya que te aportas. D. *Carl.* Como!
que escucho! La voz es esta
Se queda inmobil sin mirar à Don Dionisio.
de mi tio Don Dionisio,
hay mas desgracias que lluevan
sobre mi? D. *Dion.* Perdone usted,
que interrumpa sus tareas
filosoficas, Don Carlos.
Quienes son esas mozuelas?
D. *Carl.* Por Dios, tio, sin injurias;
estas son::- D. *Dion.* Dí.
D. *Carl.* Qué respuesta
le daré? *ap.*
D. *Dion.* Voto al sobrino.
Habla. D. *Carl.* Sino se seréna
esa colera::- D. *Dion.* Usted es
un picaro, un calabera,
Señor Filosofo. Vaya:
aqui no valen zalemas;

y se me ha de responder
clarito, que yo lo entienda::
D. Carl. Si, Señor, responderé,
facil es; pero quisiera
ver à usted mas sosegado.
D. Dion. Por vida de::-
D. Carl. Usted se altera,
y me corta, es menester::-
D. Dion. Soy yo acaso algun babieca?
D. Carl. Antes es usted discreto,
y júicioso: à que se agrega
que gasta buena salud,
y disfruta muchas rentas. *D. Dio.* Toma!
D. Carl. Fuera de eso tiene,
una ilustre parentela.
D. Dio. No pregunto eso. *D. Car.* Tambien
es fortuna no pequeña
hallarse viudo, y sin hijos.
D. Dion. Al caso sin mas arengas.
D. Carl. Usted pues, goza el sosiego,
y la libertad que anhela
qualquier hombre de razon.
D. Dion. Canalla!
D. Carl. Le ama, y venera
su sobrino, y sin embargo,
de tan grandes conveniencias::-
D. Dion. Pues ese mismo sobrino
que me estima, y me respeta,
con tanta bachilleria,
ya me rompe la cabeza.
D. Carl. Pero, Señor::-
D. Dion. Con que me hables
dos palabras mas siquiera,
te desheredo. *D. Carl.* Pues voyme,
puesto que usted se impacienta.
D. Dion. No, no, es preciso decirme
que ninfas eran aquellas
D. Carl. Aquellas son dos hermanas.
D. Dion. Y que mas?
D. Carl. Son burgalesas.
despues de meditar un poco.
D. Dion. Adelante, seo Don Carlos.
D. Carl. Se iban ahora à la aldea,
y yo sin malicia alguna,
quise despedirme de ellas.
No ha habido mas. *D. Dion.* A otra cosa.
Vengo à cierta diligencia,
que importa, y que ha de servirte
de satisfacion completa:
D. Carl. Y à qué, Señor?
D. Dion. A casarte. *D. Carl.* A casarme?
D. Dion. Pues: no quedas
agradecido? *D. Carl.* Sí, tio;
pero::- *D. Dion.* No hay pero, que tengas;
traygo conmigo la novia,
y deseo que la veas.
D. Carl. Pero quién es?
D. Dio. Mi entenada. *D. Carl.* Pobre de mi!
D. Dion. La propuesta
parece que te disgusta
segun lo que titubeas.
D. Carl. No, Señor. *D. Dio.* Es buen partido,
y no hay que hacerse de pencas.
D. Carl. Es asi, pero no estrañe
usted que yo me sorprenda::-
D. Dion. Bien está: vengo cansado,
porque llego de mi hacienda.
Voy à tomar por refresco
un trago de Valde-peñas,
y à reposar; que despues
tratarémos la materia. *vase.*
D. Carl. Qué será de mi? Estoy muerto!
qué hay? *A Narcisa que sale.*
Narc. El Marqués de la Rueda;
como usted pasó à buscarle,
ha respondido que piensa
comer hoy con usted. *D. Carl.* Otra!
que vaya en una carrera
el lacayo, y que le diga::-
Narc. No, no; el Marqués está cerca.
D. Carl. Donde? *Narc.* Aqui dentro de casa.
D. Carl. Pues dile, si acaso espera
que mi tio::- *Narc.* El tal Marqués,
quedaba ahora en la pieza
de mi ama. *D. Carl.* De tu ama?
Narc. Sí;
y el pobrecito se ingenía;
se le encandilan los ojos,
la echa flores, la requiebra,
y aún se arrodilla à sus pies.
Yo doy por cosa supuesta,
que todo es por pasatiempo,
y con aquella inocencia
que ha conocido usted siempre
en el::-
D. Carl. Ya, ya. Esto me quema. *ap.*
Con una risa por fuerza.
Mira, vé à decirle; (aguarda)
no le digas nada: dexa,
porque he de tener con él
una larga conferencia.
Quanto antes yo iré allá à verle.
Narc. Ahora que está en conversa
con mi ama, aunque usted no vaya,
en un par de horas no teina
que se canse de esperar. *vase.*

D. Carl. Yo lo creo, pero es fuerza
hablarle en mi quarto à solas.
Qué fortuna tan adversa
es la mia! qué me pasa!
loco estoy! sino te llevan
de esta hecha à Zaragoza,
Carlos, te escapas de buena.

ACTO TERCERO.

Sale el Marqués.

Marq. Este tio de Don Carlos,
es un singular modelo
de grosería, y barbarie;
como es travieso de ingenio,
y áspero de condicion,
no hay quien le sufra, y por eso
el sobrino se ha irritado
sin bastarle aquel sosiego,
y Filosofia. El pobre,
bien la ha menester::- Pasemos
à ver à Doña Jacinta,
mientras Don Carlos adentro
goza la gran diversion
de conversar con el viejo.
Pero ya está aqui...
Sale D. Carl. Marqués;
no pude venir mas presto:
perdona, porque mi tio
importuno, majadero...
Marq. Conmigo esas ceremonias?
No sabes el sentimiento
que tuve de haverte visto
metido en aquel aprieto.
D. Carl. Qué imprudencia! perseguirme
hasta mi propio aposento!
hundirnos la casa à voces!
interrumpirnos, y luego
de repente atropellarte!
Marq. Y en suma, qué se ha resuelto?
D. Carl. Nada, porque habla de asuntos
en que no nos compondrémos.
Con una entenada suya,
quiere casarme. *Marq.* Tan necio
habias de ser, que ahora
pensases en casamiento?
No hay cosa como seguir
la Filosofia: cierto
que nadie sabe valerse
de ella como tú. *D. Car.* Está haciendo.. *ap.*
sin duda burla de mi.
Si sabrá ya mi secreto?
Es verdad que muchas veces...*al Marq.*
yo con poco miramiento,
contra los pobres maridos
he dicho mil vituperios.
Marq. Cómo; quieres desdecirte?
D. Carl. Sí, amigo; ya casi empiezo
à tenerles compasion.
Marq. Pobre mozo! fuera bueno
que estuvieras yá casado!
han corrido por el pueblo
ciertas voces... pero yo
lejos de darles asenso,
à algunos he reprehendido
que forjaban este cuento.
D. Carl. En eso, Marqués, hiciste
muy bien, y te lo agradezco.
Marq. Delante de mi ultrajarte!
todo sufro menos eso.
D. Carl. Pero qué? Sería ultraje
si yo acaso por exemplo ::-
Marq. Tal ha sido, y tan sonado
siempre en Madrid el empeño
con que has colmado de elogios
el estado de soltero;
tanta lastima has mostrado,
y tanta rechifla has hecho
de todo, el que para siempre
se esclaviza sin remedio;
y en fin te hemos visto hacer
tan solemne juramento
de mantener la conducta
de Filosofo, viviendo
sin casarte; que si ahora
tiene el público recelos
de que eres novio; será
capáz de ponerte un pleyto.
Maridos, casadas, mozas,
niños, muchachos, y viejos
se reirían de tí.
D. Carl. Y con mucho fundamento. *ap.*
Si llega à saber este hombre
mi boda; lucido quedo.
Marq. Bien conoces la franqueza
con que te hablo. *D. Carl.* Yá lo veo.
Marq. Dí; no es verdad que Jacinta
es tu amiga, y no mas?
D. Carl. Cierto.
Marq. Yo he dicho siempre lo mismo,
y todavia defiendo,
que delante de tí puede
decirse que hay un sugeto
que la estima, que la adora...
D. Carl. Sí; pero que me importa eso?
como cortado.
Hay

Hay mayor martirio... *ap.*

Marq. Escucha,
hablando aqui sin rodeos,
yo la quiero. D. *Carl.* Te chanzeas ?

Marq. La idolatro. D. *Carl.* No lo creo.

Marq. De veras. D. *Carl.* Tanto peor.
Yo, mas que tú me averguenzo;
pues segun nuestra doctrina,
ya ni uno ni otro podemos
enamorarnos jamás:
y asi toma mi consejo,
y dexate de Jacintas.

Marq. No puedo, amigo, no puedo,
y soy capáz de casarme
con ella; porque estoy ciego.

D. *Carl.* Braba burla harán entonces
todos de tí, y yo el primero.

Marq. Yo heredo un titulo ilustre,
un mayorazgo opulento,
mis parientes quieren darme
estado; y estos pretextos
disculparán mi flaqueza:
fuera de que es tal mi genio
que si de mi se riéren
algunos, yo muy sereno
les ayudaré à reir:
con que asi no disputemos:
esta es cosa decidida,
y que en breve tendrá efecto,
como con aquella dama
seas tu mi medianero.

D. *Corl.* Quién ? Yo ?

Marq. Sí; siempre he contado
con tu favor...

D. *Carl.* Muy mal hecho. *encolerizado.*

Marq. De que proviene ese enojo ?
Tal me parece el imperio
que en Doña Jacinta tiene
tu dictamen, que... D. *Carl.* No quiero
contribuir à que nadie
cometa esos desaciertos.

Marq. Aqui viene yá, procura
no disuadirla à lo menos
de que se case conmigo.

D. *Carl.* Bien: eso yo lo prometo.

Sale Doña Jac. Si habrá revelado yá *ap.*
al Marqués todo el misterio...

Marq. Como es fiel amigo de ambos, *à D. Jac.*
Don Carlos, le he descubierto
aquel secreto, Señora.

D. Jac. Los dos ninguno tenemos.
Usted dice que me quiere:
yo respondo que estoy lejos
de querer à usted jamás.
Es este todo el secreto ?

D. *Carl.* Viva! eso es contar las cosas *à D. Jac.*
sin circunloquios superfluos.

D. *Jac.* Tiene usted mas que decirle? *al Marqués.*
Hable usted. D. *Carl.* Vaya: sin miedo.

D. *Jac.* Hay respuesta que dar ?

Marq. Muchas. D. *Jac.* Vamos.

Marq. Por largo tiempo *à D. Jac.*
he creído que Don Carlos
tributaba à usted obsequios,
y que en secreto aspirába
à tener à usted por dueño.
Pero ya él mismo me ha dicho
que observando los preceptos
de cuerda Filosofia,
solamente un buen afecto
es lo que usted le merece.
De aqui adelante con esto,
seré algo mas atrevido.

Mièntras está hablando el Marqués mira D. Jacinta à D. Carlos encogiendose de hombros, y le hace señas de que calle.

D. *Jac.* Lo has oído yá. *en secreto à D. Carl.*

D. *Carl.* Silencio. *en secreto à D. Jac.*

Marq. Si entregar mi libertad, *à D. Jac.*
à usted es atrevimiento:::
si lo es afirmar, que siempre
quisiera vivir mi pecho
sujeto al felíz dominio
de usted...

Doña Jacinta quiere hablar, y Don Carlos le hace señas de que calle.

D. *Jac.* Pues como... *Marq.* Si peco
en sacrificar à usted
vida, y caudal, pretendiendo
unir nuestros corazones
con lazo firme, y estrecho;
aqui estoy: venguese usted
de mi amor, y rendimiento.

D. *Carl. ap.* Un papel hago yo aquí,
lucidisimo por cierto!

D. *Jac.* Levantese usted al punto, *al Marqués.*
ò me voy. *Marq.* Este es el premio
de mi fineza ?

D. *Jac.* Esto sufres ? *à D. Carl.*

D. *Car.* Calla por Dios... *en secreto à Doña Jacinta.*

Lo

Lo que infiero *en alta voz.*
de todo esto es, que el Marqués
aúnque adora à usted muy tierno,
no logra correspondencia;
que se cansa sin provecho;
y que para quietud propia
debe apagar el incendio
de tal pasion, à no estar
fundada en consentimiento
de parte de usted, que entonces
sería error manifiesto.
D. Jac. Bien; diga el Marqués, si yo
aún con favores ligeros
le he dado alguna esperanza.
D. Carl. Voyme ya, porque sospecho,
que mi presencia le impide
hablar aqui sin recelo.
D. Jac. Para mí, Don Carlos, es
agravio ese cumplimiento.
No se vaya usted ahora
como amigo verdadero
mio, y del Marqués, sabrá
de su boca todo el hecho.
Diga usted la verdad clara. *al Marq.*
Marq. Sí, para eso soy ingenuo.
D. Carl. Cuentame pues quales eran
Poniendose en medio de los dos.
sus dichos, miradas, gestos;
si animó Doña Jacinta
tu amor à veces con ellos.
Pues no juzgaré bien, si algo
te dexas en el tintero.
D. Jac. Solamente como amigo, *como picada.*
Don Carlos se mezcla en esto:
y es tan imparcial que sé
no disculpará mis yerros,
como usted pruebe que yo
he admitido sus obsequios.
D. Carl. Si si: pierda usted cuydado.
Yo seré Juez bien severo.
Vaya, Marqués. **Marq.** Digo en fin,
que quando yo tuve alientos
de declarar à esta dama
mi amor (para que confieso
que me valí de una arenga
muy ridicula) me acuerdo
que soltó una carcajada
dexandome como un yelo.
D. Carl. Hasta ahora vá muy bien.
Marq. Picado de este desprecio,
juré no volver à verla.
De allí à diez dias, saliendo
de tu quarto, pasé al suyo:
y quando formé el concepto
de que ella se reiria
de verme volver tan presto,
me recibió séria; y yo
tuve que estar circunspecto
en su presencia; cortado
por segunda vez. **D. Carl.** Y luego?
Marq. Conocí mi tontería,
fuíme, y callé como un muerto.
D. Carl. Qué mas? **Mar.** Pasados tres meses,
enamorado de nuevo,
volví à verla, y me mostró
el semblante muy risueño.
D. Carl. Risueño? *con viveza à D. Jacinta.*
D. Jac. Ya se ve: mucho. *sonriendose.*
Marq. Luego en tono placentero,
me dixo que si aspiraba
à agradarla, su deseo
era mostrarme ella misma
para conseguirlo un medio:
y me obligó à dar palabra
de observarle...
D. Carl. Bueno, bueno. *como afligido.*
Marq. Mespues que juré cumplirlo,
(antes de saber su intento)
oye: esto te ha de dar golpe.
D. Carl. Habla pues sin mas rodeos.
Marq. Me dixo con seriedad:
Señor Marqués, aúnque aprecio
las atenciones de usted,
no se las pago, ni puedo.
Mi hermana, que está dotada
de prendas que yo no tengo,
corresponderá sin duda
à ese cariño, y respeto:
si quiere usted complacerme,
consagrela sus afectos;
que ella con sus muchas gracias
borrará (como lo espero)
de la memoria de usted
mi nombre. Si con mis ruegos
no consigo este favor
escuse usted desde luego
visitarme. **D. Carl.** Son razones
propias de muger de seso...
Marq. Qué elogios estos ahora!
medio enfadado.
quedé en fin hecho un veneno,
al verme burlado asi...
pero no paró aqui el cuento.
D. Carl. Cómo no? Pues que mas hizo?
Marq. Darme desde entonces celos.
D. Carl. Con quién?

Marq.

Marq. Eso es lo que ignoro:
solo sé que con despego
me dixo: que se moria
por otro, y que el mundo entero
no podrá obligarla à ser
desleal.
D. Carl. Es esto cierto? *à D. Jac.*
D. Jac. Amor tengo; y tendré siempre:
lo dixe, y no me arrepiento.
D. Carl. Marqués, lo quieres mas claro?
No sé como despues de esto
continuas en quererla,
habiendo tantos empeños
entre las mas bellas damas,
por conseguir tus obsequios.
Marq. Comunmente es el castigo
de un pecho esquivo, y sobervio
amar, y que lo aborrezcan.
Mas al fin, si acaso llego
à librarme del amor
que à Doña Jacinta tengo,
la despreciaré en venganza.
D. Carl. Vengate sin perder tiempo.
D. Jac. Estos desprecios me gustan.
Marq. Pero Don Carlos; supuesto
que yo tan sincéramente
te hé descubierto mi pecho,
porque no hablas con franqueza?
Dime eres tu el digno objeto
por quien à mi me maltrata?
D. Carl. Ya me voy de aquí, y te dexo
à solas con ella: mira
si à poder de rendimientos
puedes lograr que en mi ausencia
te trate con menos ceño.
Con ella quieres casarte;
y desde ahora protesto
que como ello pueda ser,
por mi parte lo consiento.
Pero yo que la conozco,
sé que si tiene ya puesto
su amor en uno, sin duda
desperdicia tus requiebros.
Busca otra novia, Marqués:
esto es lo que te aconsejo,
por lastima que me causas,
y amistad que te profeso. *vase.*
Marq. El penetra el interior
de usted; y habla satisfecho.
D. Jac. Nada à Don Carlos oculto.
Marq. Señora, yo me acontento
con merecer otro tanto.
D. Jac. No confio mis secretos
de otro que de él; porque basta
solo un amigo, si es bueno.
Marq. Los amigos de esa especie,
son amantes encubiertos.
D. Jac. Ya sea amigo, ya amante,
yo le estimo, y le venero.
Y no tendría verguenza
de decir mas. *Marq.* Con que luego
Don Carlos es el dichoso?
D. Jac. Asi puede usted creérlo
si gusta; que yo no haré
por desengañarle de ello.
Marq. Pues ya lo doy por sentado;
pero sin vanidad pienso,
que valgo tanto como él.
D. Jac. Eso vá en gustos; y habiendo
un corazon de entregarse,
no se detiene en cotejos
ni exämenes, y se dexa
llevar de su ardor sin freno.
Marq. En fin, la Filosofia
la agrada à usted?
D. Jac. No lo niego. *Marq.* Lo dudo.
D. Jac. Pues sepa usted
que ya mi alma tiene dueño:
que aúnque un Rey me pretendiese
fueran vanos sus esfuerzos;
y siempre sería uno solo,
toda mi gloria, y recreo. *vase.*
Marq. Mas me admira su constancia;
que me afligen sus desprecios.
Muger firme es un prodigio
desconocido, que créo
formó la naturaleza
solo para mi tormento.
Sin embargo; à pesar mio
y à pesar de los consejos
de Don Carlos, la idolatro,
si me valiese un proyecto...
Esta es Doña Rosa, à quién
dice su hermana que puedo
entregar mi corazon.
Quiero ofrecersele; y esto
no es obediencia à Jacinta,
si vanidad, y despecho.
Sale D. Ros. Me fastidía este Marqués *ap.*
tan quixote; pero viendo
que no se rinde à mis ojos,
y que falta este troféo
à mi gloria, es necesario
conquistarle: asi pretendo
dár que sentir à Don Luís.
Marq. Es muy peligroso encuentro

este para mí, Señora.
D. Ros. Buen principio: *ap.*
Don Luís escucha escondido al paño.
Marq. No me acerco
fingiendo querer retirarse.
à esa beldad por temer
me deslumbren sus reflejos.
D. Ros. Son reflejos muy opacos.
Con gracia, y agrado.
Marq. Ha dias (yo lo confieso)
que me cuesta la hermosura
de usted bastantes desvelos.
D. Ros. Yá à mí me lo parecia: *ap.*
siempre he sentido dispuesto *al Marq.*
mi corazon, à estimar
las prendas de usted, que es cierto
son de estimacion. *Marq.* Señora,
solo estimacion merezco?
D. Ros. Qué? Le parece à usted poco?
Marq. Y si por dicha mi pecho,
se declarase prendado
de ese atractivo, y despejo?
D. Ros. No lo creyera. *Marq.* Y porqué?
D. Rosa. Porque apenas me contemplo
Cubriendose el rostro con el abanico.
digna de tanta fortuna.
Marq. Tiene usted verguenza, ò miedo
de hacer tal declaracion?
Acabela usted; en premio
de mi pasion, y firmeza::-
D. Ros. Marqués, dexese usted de eso:
calle usted. Qué buena alhaja!
para que me está fingiendo
que me quiere, si es usted
quantas veo, tantas quiero?
Marq. Solo à usted, Señora, adoro,
y será mi amor eterno.
Quién ha de tener valor *ap.*
de mentir como yo miento?
D. Ros. Yo no me atrevo à ofrecer
que será tan fiel mi afecto
como el de usted; pero está
mi corazon tan propenso
à favorecerle siempre,
que palpitando allá dentro,
me dice... *Marq.* Qué dice?
D. Ros. Nada. *afectando disimulacion.*
Este picó en el anzuelo. *ap.*
Marq. Qué faciles, y creídas *ap.*
son estas que no teniendo
aficion à nadie, escuchan
por vanagloria à trescientos!
D. Ros. Estos amantes novatos, *ap.*
son mas frios que un Enero.
Marq. Qué piensa usted?
D. Ros. Contemplaba
esas gracias. *Marq.* Yo suspenso
me estaba admirado ahora
de las de usted, como debo...
Sale D. Luís. Yo creí que eran ustedes
valientes: pero ya veo
que al primer choque se rinden.
D. Ros. Yá está celoso: me alegro: *ap.*
con que usted nos escuchaba?
D. Luís. Todo oí desde aquel puesto.
Marq. Asi lo sabrá Jacinta, *ap.*
y eso es lo que yo deseo,
à vér si de envidia, y rabia,
acaso muda de intento...
Me admira, Señor Don Luís,
que usted... *D. Luis.* Cómo? Caballero...
D. Ros. Perdone usted. Que el Señor,
al Marquès.
con sus celos::- *D. Luis.* No los tengo.
D. Ros. Como no!
D. Luis. Soy yo algun loco?
Yo celoso? Ni por pienso.
D. Ros. Habrá insolencia mayor!
D. Luis. Yo ni he contado mi cuento
con la firmeza de usted.
D. Ros. Ah traydor!
D. Luis. Y será un necio,
quién espere que usted tenga
amor fino, y duradero.
Mudarse usted no es milagro:
ni lo estraño, ni lo siento.
D. Ros. Me parece que aqui mismo *ap.*
le ahogára. *Marq.* Yá lo entiendo.
Mas felíz soy que creía,
pues que no solo merezco
que me haya entendido usted,
sino que se haya resuelto
à ser infiel por mi causa.
A Dios, Señora: verémos
si recupera Don Luís
la gracia de usted muy presto;
y segun usted le trate,
asi sabrémos el riesgo
à que se expone, quien piense
querer à usted mucho tiempo. *vase.*
D. Luis. Como la ha calado à usted!
D. Ros. Bien está: y qué privilegio
tiene usted para azecharme?
Antes si mal no me acuerdo
dixe à usted, que no me hiciese
mas visitas; pero lejos

de

de obedecerme, no solo
ha tenido atrevimiento
de venir quando el Marqués
le estaba haciendo mal tercio,
sino tambien de fingir
que esto no le causa zelos.

D. Luis. Vuelvo à asegurar que no.

D. Ros. Pues cómo asi?

D. Luis. Porque veo,
que el amor que el Marqués jura
à usted, es todo embeléco:
que usted promete pagarle,
y le engaña como à un negro.
De esta ficcion quiere usted,
que tenga yo zelos! Bueno!

D. Ros. Y no puede gustar otro
de mí, como usted? *D. Luis.* No es eso;
sino que el Marqués jamás
la tendrá amor verdadero.

D. Ros. Porqué?

D. Luis. Porque están ustedes
muy encontrados de genios.

D. Ros. Pues yo le digo à usted, que él
está por mi loco, y ciego.

D. Luis. Y yo, Señora, respondo,
que tiene otro galantéo.

D. Ros. Y quál es? D. *Luis.* Doña Jacinta.

D. *Ros.* Mi hermana?
Vaya: eso es cuento. D. *Luis.* Lo juraré.

D. *Ros.* Disparate!

D. *Luis.* Señora, es el evangelio.

D. Ros. Pues como me solicita?

D. Luis. Eso es lo que yo no entiendo.
A no ser que despechado,
de que no hayan hecho aprecio
de su amor, ofrece à usted
en despique sus obsequios...
La Jacinta informará
à usted de lo que hay en esto.

D. Ros. Cómo? Solo por vengarse
me está el Marqués requiriendo?
De un corazon que desprecia
mi hermana, he de ser yo dueño?
Él, ò usted piensan que yo
sirvo à falta de hombres buenos?

D. Luis. Quién entrega su alvedrío,
no manda en su entendimiento,
ni se para en reflexîones.
Aqui estoy yo por exemplo,
que sin resistencia alguna,
me rendí à esos ojos bellos
apenas los ví *D. Ros.* Si usted
me quiere, tiene mal pleyto.
Yo no puedo atravesarle.

D. Luis. Otra cosa queda dentro.

D. *Ros.* Lo mismo dice la boca,
que el corazon. D. *Luis.* No lo creo,
aunque usted siempre lo dice.

D. Ros. Qué confiado, y satisfecho
habla usted! no hemos reñido?

D. Luis. Para hacer las paces luego.

D. Ros. Las paces! sí: buena gana!

D. *Luis.* Usted se alegrará de ello
interiormente; pues sé
que me está queriendo en medio
de sus estrañas idéas;
que me ha destinado el Cielo
para su amante; y que solo
quién tubiese el sufrimiento
que yo, pudiera intentar,
la conquista de ese pecho.
De su corazon de usted,
ninguna sospecha tengo,
porque bien he conocido
que él no tiene parte en eso,
que es de suyo generoso,
sincéro, inocente, bueno,
y à pesar de estos caprichos,
leal, y amante en extremo.

D. *Ros.* Yo no sé lo que me pasa...
su semblante humilde, y tierno,
sus palabras... Ah! traydor!
siempre has de salir venciendo.

Salen Don Carlos, y Doña Jacinta.

D. *Carl.* No me haga usted tal pregunta
proceda como la advierto:
y suspenda ahora el llanto.

D. *Jac.* Quando tan proxîma veo
mi desgracia, quiere usted
que esté muda, y con sosiego?

D. *Carl.* A Dios, desde hoy seré ya
la irrision de todo el pueblo.

D. Luis. Qué hay de nuevo?

D. *Jac.* Que su tio
ha llegado. *D. Ros.* Y que tenemos?
Eso pronto se remedia
con decirle sin rodeos,
que nos dexe ahora en paz,
y que se vaya à paseo.

D. *Carl.* Bien dicho! de tal cabeza
esperaba tal consejo.

D. *Jac.* No sabes, hermana mia,
en que lance tan estrecho
me ha puesto su tio? D. *Ros.* Y es?

D. *Jac.* Que pretende con empeño
casar à Don Carlos. D. *Ros.* Sí? *riendose.*

Es muy gracioso proyecto !
D. Jac. Y además de esto...
D. Ros. Buen golpe !
D. Jac. Ha ido ahora à traernos
la novia, que es una niña,
(segun noticias que tengo)
muy hermosa, y de trece años.
Sale D. Dion. Ea, sobrino, vén luego
à recibir à tu novia.
Todavia la tenemos
à usted por aqui ? *à D. Jac.*
D. Carl. Decir
que el viage se ha descompuesto.
D. Jac. Porqué? *D. Carl.* Despues se sabrá.
D. Dion. Ha poco que me dixeron
que estas dos Señoras eran
de Burgos, y que partiendo
ahora à su lugar....
D. Luis. Señor, *à D. Dion.*
aúnque cierto impedimento
que se ha ofrecido, difiere
por hoy su partida; espero
que mañana marcharán.
D. Dion. Lo mejor es lo mas presto.
porque de verlas aquí,
me dá un enfado tremendo.
D. Ros. La abominable presencia
de usted, ese horrible espanto
nos enfada mas. Don Carlos,
ya estoy harta de misterios,
y si usted no los descubre,
diré lo mio, y lo ageno. *vase.*
D. Dion. Qué es lo que esa muger habla?
Qué quiere decir aquello ?
D. Carl. Tiene ratos de locura,
y desbarra.... *Sale un Criado.*
Cria. Un Caballero
que se llama Don Estevan,
quiere entrar. *D. Car.* Qué dices? Cierto?
El que ha llegado es mi Padre ?
Criad. Asi lo dice alomenos.
D. Dion. Con que el loco de mi hermano....
A que viene aqui ese viejo ?
D. Carl. Tio, no le injurie usted.
D. Dion. Y que se te dá à tí de eso ?
D. Carl. Mucho; porque como à Padre,
siempre le amo, y reverencio.
Vase el criado, y sale Don Esteban, y abraza á Don. Carlos.
D. Est. Yá, hijo mio, llego à verte !
juzga tu si lo celebro.
D. Car. A no entrar usted tan pronto,
iba à salirle al encuentro.
D. Dion. Y bien ? Qué buscas aqui ?
á Don Esteban.
D. Est. Me parece que bien puedo
venir à vér à mi hijo.
D. Dion. Por ahora lo dispenso. *á D. Carl.*
Oyes este viene à vér
como te chupa el dinero.
D. Carl. Para mi son sus visitas
muy gratas en todos tiempos.
Cómo usted contra un hermano
prorrumpe en tales denuedos ?
Es mi Padre, y aúnque siempre
como buen hijo procedo;
sé que no podré jamás
pagarle lo que le debo.
D. Est. Bien conozco el corazon
de Carlos, y quan diverso
del suyo es el de su tio.
Hijo, bendigate el Cielo,
dexa que mi hermano diga
quanto quisiere, y gocemos
la dicha de vernos juntos.
D. Dion. El será hombre de provecho
à Don Esteban.
solo con sus bendiciones.
D. Carl. Mil veces mas las aprecio
à Don Dionisio.
que todo el caudal, y herencia
de usted, Filosofo terco.
D. Dion. Un Padre por lo comun
cuyda del mantenimiento
de su hijo; aqui es al revés,
porque el hijo es quién sabemos
que de diez años acá...
D. Est. Es mayor gloria, y consuelo
para mí, que él me mantenga,
que mantenerle: el contento
de tenerle por arrimo
de mi vejéz, en mi pecho
causa una dulce ternura
de que está el tuyo muy lejos.
D. Dion. Pero quién ha motivado
la pobreza en que te vemos ?
D. Est. Mi honor. *D. Dion.* Señora, palabra
que oygo siempre, y nunca entiendo !
D. Est. Solo entiendes de interés,
y de ganancias. *D. Dion.* Para eso
me levanto con estrellas.
D. Est. Nunca yo mi nacimiento
he desmentido aúnque pobre:
y à pesar de los sucesos,
que me han arruinado, asi
mi reputacion conservo.

D.

D. Dion. Sí: mucho te engordará
la fama de tus abuelos!
mas padre soy yo, que tú,
tú dexarás pereciendo
à ese hijo tan querido;
pero yo le hago heredero
de mis bienes, y le caso.
Se ofenderá usía de ello?
D. Est. No: muy noble es esa accion...
y de quién he de ser suegro?
D. Dion. De una niña muy ilustre,
hija (abreviemos el cuento)
de mi difunta muger.
D. Est. Sabe Dios quanto me alegro;
porque esa dama, y su esposo,
que esté en gloria, eran sugetos
muy distinguidos... Hermano,
antes de este casamiento,
reconciliemonos; hijo,
al bien que te envia el Cielo,
corresponde mi alegria.
D. Carl. Muy bien, Señor, pero encuentro
un gran estorbo... D. Est. Qué estorbo?
Vamos: yo estoy satisfecho.
D. Carl. Pero la novia es tan niña...
D. Dion. El diablo tiene en el cuerpo
este sobrino; no vés
que en unos años tan tiernos...
D. Est. Disparate! disparate!
vamonos sin perder tiempo,
à disponer esta boda.
D. Dion. Sí: salgamos de ella luego.
D. Carl. Para perder la paciencia,
no me faltava mas que esto.

ACTO QUARTO.

Sale Don *Carlos.*

D. Carl. En mi triste situacion,
perplexo, nada decido.
Mil proyectos se ofrecen,
y apenas à uno me inclino,
quando de pensar en otro
muy opuesto, pierdo el juicio.
No sé donde voy, ni donde
estoy. *Sale D. Est.* Ya te hallé, hijo mio,
ando ha rato en busca tuya,
desde que estube contigo,
me has puesto en mucho cuydado.
D. Carl. Me hallaba indispuesto.
D. Est. He visto
lo disgustado que estabas,
ahora mientras comimos.
Algo sientes, que te pone
tan suspenso, y afligido.
Tú, que à todos divertias
antes, con tu humor festivo,
apenas nos hablas hoy,
de suerte que hasta tu tío
(que no se altera de nada,
por mas que riña, y dé gritos)
ha sentido tu silencio.
Hablame sin artificio:
qué tienes? *D. Carl.* Nada, Señor.
D. Est. Me engañas. D. Carl. Yo?
D. Est. Sí; repito:
si mi venida te causa
pesar, me volveré hoy mismo.
D. Carl. Cómo? Yo estár pesaroso
de ver à usted? Tal delito
cabe en mi? No viva yo
si hay para mi regocijo,
como el de gozar su vista.
D. Est. Lo creo:: Mas que motivo
te entristece de ese modo?
Algo te habrá sucedido.
D. Carl. Puede ser. *D. Est.* Medias palabras!
no soy tu Padre, y tu amigo?
Y no debo tambien serlo,
de un hijo de quién recibo
en mi vejéz, y pobreza,
mil favores, mil auxilios?
D. Carl. Ah Señor! eso es correrme
si haciendo lo que he debido
he agradado à usted, pretendo
en premio de mis servicios,
que no me hable de ellos mas.
D. Est. Aúnque nunca los olvido,
callaré por darte gusto,
con tal que me juzgues digno
de no ignorar tus secretos.
D. Carl. Sí: por confidente elijo
à mi Padre:: Pero apenas
quiero hablar, me desanímo.
D. Est. Estraño que desconfies,
así de un amigo fino.
D. Carl. Padre, compasion meresco,
y no cargos. *D. Est.* Yo colijo,
que tu Matrimonio es causa
de que estés tan pensativo.
D. Carl. Qué Matrimonio? Si acaso no
lo sabrá yá? *D. Est.* El que Dionisio
te propuso. *D. Carl.* A la verdad,
me ha puesto en un gran conflicto.
D. Est. Yá la conocí yo bien.
Te ha robado el alvedrío

otra dama ? D. *Carl.* Sí, Señor.
D. *Est.* Tal vez habrá precedido
algun empeño. D. *Carl.* Y muy grande.
D. *Est.* Eso lo siento infinito;
pero no importa ; prosigue.
D. *Carl.* No es posible. D. *Est.* Yo lo pido:
las lagrimas se te saltan,
y pierdes el color : hijo,
porque te echas à mis pies ? *se levanta.*
Todo lo apruebo, y permito.
Dí : corresponde à tu clase
el dueño que has elegido ? D. *Carl.* Si.
D. *Est.* Pues quién es ? D. *Carl.* Mi muger.
D. *Est.* Tu muger ! Qué ? Eres marido ?
D. *Carl.* Casado estoy de secreto.
D. *Est.* Bien : ahora no me sirvo
de la autoridad de Padre.
Mas porque no me lo has dicho ?
D. *Carl.* En mi boda no atendí
al interés, si al cariño.
Escogí una Señorita
de un genio amable, y benigno,
sin mas dote ni riquezas
que su hermosura : hice juicio,
de que usted se ofendería,
y por eso le he tenido
oculto mi casamiento:
todo Madrid asi mismo
le ignora. D. *Est.* Tiene tu esposa
entendimiento, atractivo
y cordura ? D. *Carl.* En alto grado.
D. *Est.* Pues buen Matrimonio ha sido.
D. *Carl.* Tanta bondad me cautiva;
ya me siento mas tranquilo.
D. *Est.* Donde vive ? D. *Carl.* Aqui Señor.
Ella, y yo somos vecinos;
está con una muger,
que dos años há convino
en pasar por tia suya;
y de esta suerte me libro
de las sospechas del barrio.
Tiene igualmente consigo,
à una Doña Rosa, hermana
de mi muger, que inferimos
se casará antes de mucho
con Don Luís mi amigo antiguo.
D. *Est.* Falta para entretener
à tu tio, algun arbitrio.
Jamás debemos contarle
el lance, porque imagino
que no aprobará tu boda,
y te privará en castigo
de su herencia. D. *Carl.* Asi lo temo.
D. *Est.* Yo con mis buenos oficios
te ayudaré por mi parte.
Has de fingir al principio
que aceptas el matrimonio;
luego en terminos sumisos,
pedirás que te dé tiempo,
aunque sea un plazo fixo,
y con esta dilacion
podremos... D. *Carl.* Yá está entendido.
D. *Est.* Pues aqui viene mi hermano;
hijo cuenta con lo dicho.
Sale D. *Dion.* Os burlais ambos de mí ?
Vaya que esto está perdido !
levantaros à los postres,
uno tras otro, y saliros
dexandome allí plantado !
si tu fueres, hijo mio...
pero no lo es sino tuyo.
En todo es muy parecido
à tí, eso es lo que siento.
D. *Est.* Me insultas! D. *Dion.* No me desdigo.
D. *Est.* Puedes decir quanto quieras.
Carlos, y yo nos venimos
à tratar... D. *Dion.* Es culpa mia,
que el hijo sea lo mismo
que su padre ? D. *Est.* Yo la tengo:
vaya, es preciso... D. *Dion.* Es preciso
que tenga modo, y me imite.
D. *Est.* Ya se vé. D. *Dion.* Señor sobrino,
à donde ha aprendido usted,
à dar muestras de fastidio
en la mesa, y levantarse
antes que nadie ? Qué lindo !
D. *Carl.* Merezco perdon, porque...
D. *Dion.* Cómo ? Dexar à tu tio
con tres botellas à solas !
quando bebo, necesito
que me acompañen, sino
se me avinagra à mí el vino.
D. *Est.* Hablabamos de la boda.
D. *Dion.* Mañana ha de sér el chico,
ò novio, ò desheredado.
D. *Carl.* Pudieramos diferirlo;
y asi... D. *Dion.* La suerte está echada.
D. *Est.* Y ha de ser tan de improviso?
D. *Dion.* Bueno soy yo para flemas !
ò se quiere, ò no, clarito.
D. *Carl.* Jesus, que hombre ! *ap.*
D. *Dion.* Los parientes,
de cierto Marqués muy rico,
Caballero de alta clase,
y en la Corte muy bien quisto,
se empeñan con el hermano
de

de mi muger, y contigo,
pretendiendo à mi entenada;
y aúnque nunca he dado oídos,
à sus ruegos, si me enfado
podré escucharlos propicio.

D. Carl. Usted, Señor, es muy dueño,
de aceptar ese partido.

D. Est. No: Carlos quiere agradarte:
pero quando los designios
son de asuntos delicados...

D. Dion. Ahora no te pedimos
que nos ensartes sentencias,
en fin, qué ibas à decirnos?

D. Est. Què tus intentos son justos,
y no apruebo ni autorizo
que Carlos no se conforme.
Pero como él ha seguido
siempre la Filosofia...

D. Dion. Pues de eso, de eso me irrito.
Y que es Filosofo? Un loco
que dice mil desvaríos:
que quiere hacernos creér
con sútiles silogismos,
que à medio dia hay estrellas,
y que dos, y dos son cinco.
Que buscando la verdad
vive en un error continuo,
casado con sus idéas,
y extravagancias: un vicho
inútil en el estado:
necio por todos caminos;
de entendimiento muy pobre,
y de palabras muy rico.

D. Carl. No adopte usted la opinion
del vulgo poco instruído.
Eso es pintar un pedante;
y no un Filosofo, tio.

D. Dion. Allá se vá à salir todo.

D. Carl. Perdone usted: son distintos.
El buen Filosofo no es
en sus razones prolixo;
antes prefiere las cortas:
sabe que no descubrimos
la verdad, sinó preceden
la reflexìon, y el retiro...
su fin es obrar de suerte,
que no esté expuesto al peligro
de tener que avergonzarse:
vencerse siempre à sí mismo,
no defender su opinion
contra todos por capricho,
sino hablar con sus acciones:
fundando solo en el juicio,
verdad, y hombría de bién
su sistema, y sus principios.
Magnanimo en la desgracia,
nunca en la fortuna altivo,
sin conocer mas deleite
que la virtud. Muy benigno
con los mortales viciosos,
y enemigo de los vicios.
El Filosofo que observe
otra conducta, es indigno
de tal nombre. *D. Dion.* Y tú la observas?

D. Carl. No por cierto, pero aspiro
à seguirla. D. *Est.* Carlos gana,
en que sea conocido
su corazon, y talento.
El Filosofo repito:
por cuya razon, en quanto
à casarse, pronostico,
que siempre procederá
cuerdamente: bien sabido
es, que el prudente...

D. Dion. El prudente
no eres tú; y me ratifico,
en que es un loco de atár
quién desprecia el beneficio
de una novia jovén, rica,
y de padres distinguidos.

D. *Est.* Carlos necesita tiempo
para pensarlo. D. *Dion.* Maldito;
si es buen partido, qué dudas?

D. *Carl.* Que ella me tenga cariño.

D. Est. Es menester que con maña
y con obsequios rendidos,
procure adquirir su afecto;
y al fin.. D. *Dion.* Bien: doy mi permiso;
pero eso se hace en un dia.

D. *Carl.* Fuera amor muy repentino;
y es imposible que yo,
habiendo tantos indicios
de que me aborrece... *D. Est.* Un dia!
vaya: somos aqui niños?

D. Dion. Quántos han de sér?

D. Est. Un mes,
ò acaso dos son precisos.

D. Dion. A Dios, yo la haré Marquesa..

D. Est. Mas... aguarda...

D. Dion. Señor mio, *à D. Carl.*
quiere usted la novia, ò no?

D. Est. Si, si: pero tu sobrino...

D. Dion. Ocho dias doy de plazo.

D.Carl. Poco es. *D. Dion.* Mal contentadizo,
tienes que hablar todavia?

D. Est. Para no hacerte mal quisto,
con

conformate.

D. Dion. Con que en fin, *à D. Carl.*
esto queda decidido.
De aqui ocho dias, casorio.

D. Carl. Es posible? *D. Dion.* Cabalito;
ò sino te han de salir
bien caros tus desatinos. *vase.*

D. Est. Yá el asunto dá mas treguas.
No es poco haber reducido
al barbaro de mi hermano.
Falta vér si descubrimos,
quién es el Marqués que pide
la entenada de tu tio:
si despues que él se sosiegue,
con astucia lo averiguo
procuraré persuadirle,
à que admita aquel partido.
Si él dá la novia al Marqués
evitarás el perjuicio,
de que te niegue la herencia;
y entonces te queda arbitrio,
para públicar tu boda.

D. Carl. Públicarla! ni en un siglo.

D. Est. Porqué?

D. Carl. Porque si no guardo
el secreto, estoy perdido.

D. Est. Si tu tio se conforma,
has de temer? Qué delirio!

D. Carl. No temo à mi tio, no;
sino el que dirán. *D. Est.* Me admiro
de tu reparo. No tiene
tu muger los requisitos
de bien nacida, y honrada?

D. Carl. Si tiene; y es un prodigio
de recato, y hermosura.

D. Est. Pues de que te afrentas, hijo?

D. Carl. Recelo que todo el pueblo
levante contra mí el grito.
Quanta burla hará de mí
el gremio de los maridos,
que tanto he satirizado!
ah Padre, mientras consigo
desechár este temor,
sirvame usted de padrino
ayudandome à ocultar
el secreto. Mi martirio
es un Marqués de la Rueda,
burlón eterno, y perdido
por mi muger. *D. Est.* Formal?

D. Carl. Sí.
Contemple usted mi suplicio.
A trueque de no pasár
por su esposo, le permito
que la requiera de amores,
aún delante de mi mismo.

D. Est. Caso estraño!

D. Carl. Y vergonzoso;
pero yo nada público,
hasta que el Marqués se case;
y mientras yo no haya huído
cien leguas de este lugar.

D. Est. Y porqué? *D. Carl.* Si he de decirlo
claramente, no me atrevo
en este pueblo maligno,
à hacer papel de casado.

D. Est. No gradúo de delito
tal resolucion, pues tú
tendrás allá tus motivos.
Solo quiero procurar
el logro de tus designios,
y voy à hacer diligencias
con el secreto debido. *vase.*

D. Carl. Si Jacinta, y Doña Rosa
no me ayudan, desconfio

Salen D. Jacinta, D. Rosa, y Narcisa.

del exíto. *D. Ros.* El se ha aportado
muy mal. Eso es lo que digo:
me la ha de pagar. *D. Jac.* Hermana,
tal véz habrá consentido
en ser tuyo. *D. Ros.* Aúnque él me adore
le aborrezco, le abomino.
Yo sobras tuyas? *D. Carl.* Qué es eso?
de quién hablais? *D. Jac.* Conferimos
à cerca del Marqués.

D. Ros. Cómo? *à D. Jac.*
Dedicarme sus suspiros,
puramente por venganza!
Qué hombre habrá de gusto, y tino,
que mas estime tus prendas
que las mias? Es preciso
sea Filosofo, ò tonto,
quién te compare conmigo.

D. Carl. Qué mal genio! qué aspereza!
Es en Jacinta delito,
parecer à algunos bien?

D. Jac. Dime, que amantes admito?
Te he quitado alguno à tí?
Quál de ellos he pretendido?
Si basta que yo confiese
que tu rostro es peregrino,
y el mio feo, horroroso;
lo diré desde hoy à gritos
delante de quién quisieres.
No es bastante sacrificio?

D. Ros. Qué pondrías de tu casa
en eso? No necesito

yo tus recomendaciones.
Mis gracias, este palmito,
me recomiendan bastante
à quién tenga ojos, y juicio.
Cómo ha podido el Marqués
siendo su gusto exquisito,
en materia de hermosura,
tratar à mi hermana fino,
estando yo aqui? Qué rabia!
Yo le diré ::- *D. Car.* Qué?
D. Ros. Que es digno
de mi altisimo desprecio;
que si él à mi me ha ofrecido
su amor, solo por vengarse;
yo le admití por lo mismo. *Serie.*
D. Carl. Bueno!
D. Ros. Que tambien mi hermana
le menosprecia. *D. Car.* Bien dicho!
D. Ros. Y que es muger de usted.
D. Carl. No: *sobresaltado.*
Aún tengo muchos motivos
de callarlo, y sobre todo
al Marqués. *D. Jac.* No desistimos
todavia de esa tema?
Quando tu padre, y tu tio
quieren casarte; es posible::
D. Carl. Yo lo compondré sin ruidos,
como tu calles. *D. Jac.* Yo sí;
y en recompensa te pido
que no vuelva aquí el Marqués.
D. Carl. Pero como he de impedirlo?
D. Jac. Despidiendolo: que cuesta
decir que eres marido?
D. Carl. No tengo cara para eso.
D. Jac. Pues sino, yo me apercibo
à decirselo. *D. Carl.* Tampoco.
D. Ros. Y porqué, cuñado mio?
Que se burle en hora buena
de usted. No hay nada perdido.
Ola! ola! que Don Carlos
segun sacamos en limpio
es casado, y se avergüenza
de serlo! *D. Jac.* Ahora he sentido
en la antesala el Marqués:
prevente. *D. Ros.* Fuerte incentivo
de mi colera es su vista.
D. Carl. A Dios, ya aquí no hay arbitrio.
Sal. el Mar. observando, y dice como en silencio
Marq. Con mi presencia os turbais::-
Quanto mas atento os miro,
me pareceis mas suspensos.
Esta con los ojos fixos *à Jac.*
en tierra. Aquella mostrando *à Ros.*
cara de pocos amigos.
Sonriendose Narcisa,
y Don Carlos pensativo,
forman un quadro, que mueve
à quatro afectos distintos.
Narc. No nos falta sino hablar
para que parezca vivo.
Marq. Pues vaya, hablemos; yo empiezo.
Ya, Señora, me desdigo
de las ternezas, y amores
que la dixe, y no me aflijo
de que me haya despreciado,
pues conozco que ha tenido
razones para tratarme
siempre con tanto desvío.
D. Carl. Este sabe yá mi boda. *ap.*
D. Jac. Usted me ha echado en olvido?
Pues eso es lo que yo quiero:
y si son los atractivos
de mi hermana D. Rosa
los que usurpan el dominio
de ese pecho; sepa usted,
que lo celebro infinito.
D. Ros. Si usted como lo supongo,
se ha rendido à mis hechizos,
olvidando yá à Jacinta,
à buena parte ha venido.
No estoy yo para servir
de suple faltas; me explico?
Quedo satisfecha yá.
A Dios, à Dios, Marquesito. *vase.*
Marq. Muy bien, quién no ha de reirse, *se*
de este gracioso capricho? *rie.*
D. Carl. Yo haré por reconciliaros.
Marq. No, no: demosla permiso
de hacerla esquiva; que yo
otra novia solicito.
D. Carl. Cómo? Piensas en casarte?
Marq. Y al instante lo público,
paraque quanto antes puedan
criticar mi desatino.
Me he de sacar unas coplas
burlandome de mi mismo;
y que me las glosen otros.
D. Carl. Eso es ser hombre de juicio.
Marq. No vale mas despreciar
satiras sin afligirnos,
que no hacer la agachadiza?
Tú, verbi gracia, que has sido
públicamente en comedias,
y saynetes, que has escrito,
tan opuesto à las mugeres,
dí: si hiciese el enemigo

que al fin la tomases propia,
è intentases encubrirlo;
que tontisimo papel
harias! *D. Carl.* Muy tonto, amigo.
Y es la novia? *Marq.* Una muchacha
criatura, un Angelito
de trece años; y me caso
oy por poderes: mi tio
de quién espero heredar
un mayorazgo muy rico,
ha tiempo trata esta boda.
Solo encuentro un reparillo,
que el padrastro de la niña
todavia está remiso
en entregarla. *D. Carl.* No es cosa.
Marq. Sin embargo, uno me dixo,
que hay un hermano mayor,
hombre mas cuerdo, y benigno,
que allanará los estorbos.
D. Carl. Marqués, estoy aturdido.
De mi tio, y de mi padre,
hablas, segun los indicios.
Cabalmente esa es la novia
que me daba Don Dionisio.
Marq. Acertaste. Con que somos
competidores? *D. Carl.* No envidio
tu suerte; y con mucho gusto
te cedo la dama. *Marq.* Estimo *sonriendose.*
tanta generosidad!
pero es bonita? La has visto?
D. Carl. Es muy hermosa, y muy viva.
Marq. Y desechas tal partido?
D. Carl. Le desecho. *Marq.* Eres estraño!
y sufrirás el perjuício,
de que el viejo me haga dueño
de su hacienda? *D. Carl.* Si consigo,
que me dexe ahora en paz,
que se guarde su bolsillo.
Marq. Siento el desdén de Jacinta.
D. Carl. Qué hombre tan ponderativo!
siempre la estas alabando,
y yo à la verdad no admiro
en ella esas prendas. *Marq.* Dicen::-
D. Carl. Qué? *Marq.* Que no te ha parecido
tan mal ::- pero finalmente
debo olvidarla, es preciso,
porque es casada. *D. Carl.* Casada!
Marq. Si Señor, con su marido.
D. Carl. Te burlas? *Marq.* Lo sé muy bien.
dandole palmaditas en la espalda.
Por sugetos fidedignos.
Doña Rosa, y la Narcisa,
parece que han escogido
unos quantos confidentes;
estos hablaron conmigo
del asunto, ya à estas horas
no habrá en el barrio vecino
que no conozca al pariente
de Jacinta, su exercicio,
talento, genio, y costumbres.
Segun à muchos he oído,
es un Filosofo insigne
aúnque estrambotico. Han dicho
que se afrenta de ser novio,
y que temiendo los silvos
de la plebe, ha procurado
callarlo. Bien te lo pinto. *riyendose.*
Le conoces? *D. Carl.* Sí: de vista.
Marq. Quando le encuentres, te pido
le prevengas de mi parte,
que en Madrid hasta los niños
de la calle saben yá
su boda, y que yo imagino
debe de armarse de constancia,
para recibir oy mismo
ciertos versos que le está
sacando un amigo mio. *vase riyendose.*
D. Carl. Despues de este fuerte golpe,
no sé si estoy muerto, ò vivo.
Este es el fatal momento,
que siempre tanto he temido::-
Porque pierdo la esperanza?
Porque el tiempo dispercio?
Ya sé el medio con que puedo
salir de este laberinto.

ACTO QUINTO.

Salen Don Carlos, y Don Luis.

D. *Luis.* Escuchame una palabra.
D. Car. Resuelto estoy no te canses.
D. Luis. Estás loco? *D. Carl.* Loco, ò cuerdo,
voy à emprender hoy mi viage.
D. Luis. Qué dirán todos de tí?
D. Carl. Lo que se les antojare.
En estando yo bien lexos
de Madrid, dexarlos que hablen.
D. Luis. Que mal sabes observar
los preceptos saludables
de la gran Filosofia,
que tanto estudías, y aplaudes.
D. Carl. Bien sé quanto se valieron
las sabios de otras edades
de la virtud, y constancia,
que no temieron los males,
que en el dolor, en la muerte

fue-

fueron siempre incontrastables:
pero yo por mas que admiro
su intrepidéz, soy cobarde.
D. *Luis*. Tu tendrás igual valor,
si procuras sosegarte.
D. Carl. Sosegarme! no es posible.
Yo quisiera que un instante
te halláras en mi lugar;
yá verías los ultrages
que sufro mas afrentosos,
que la muerte, mas fatales.
Apenas se ha divulgado
mi boda, quando ya salen
contra mi mil satirillas,
mil decimas, mil romances,
que serán la diversion
de gentes de todas clases
quando se sepa en el Sitio.
D. *Luis*. Don Carlos para estos lances
es la firmeza. *D. Carl*. Lo sé;
pero à golpes semejantes,
quien ha de resistir?
Muestra à Don Luis unos papeles.
D. *Luis*. Vaya
son agudezas al ayre,
y dichos de ociosos. *D. Carl*. Son
para mi heridas mortales.
El público me censura,
y sabe bien lo que se hace.
Desde hoy me señalarán
con el dedo por las calles;
y para evitar mi afrenta
es necesario ausentarme
à vivir en un retiro.
D. *Luis*. Y Jacinta ha de quedarse?
D. Carl. En breve me seguirá?
D. *Luis*. Y sino quiere? *D. Carl*. Aúnque rabie.
Y yá que (segun sospecho)
ha ayudado por su parte
à descubrir mi secreto;
ayudeme en mis pesares...
Quiero decirla mi intento.
Ola, muchacho! no hay nadie?
Sale un Criado. Señor...
D. Carl. Mira si ha venido
tu ama. *al Criad. que se vá y vuelve.*
Criad. Si usted me explicase
quién es mi ama... D. *Carl*. Mi muger.
Con viveza; despues de haber reflexionado un instante.
Criad. Qual muger? *hace que se vá.*
D. Carl. Jacinta.
Criad. Diantre! *rascandose una oreja.*
aunque no he dicho palabra
bien lo sé yo dias hace.
D. Luis. Y donde vás?
D. Carl. No, no quiero
que sepa nadie el parage.
D. *Luis*. Te he de seguir.
D. Carl. Ni por pienso:
si eres verdadero amante
de mi cuñada, Don Luís:
te aconsejo no te apartes
de Madrid, porque à la vuelta,
puede suceder que halles
la plaza ocupada. D. *Luis*. Cierto,
porque es muger muy mudable.
D. Carl. Solo de un modo podrás
lograr que sea constante. D. *Luis*. Cómo?
D. Carl. Dandola tu mano.
Si su resistencia nace
de que no sabe quien eres,
declarala tu linaje.
D. *Luis*. Por aquel lance de honor
oculté mi grado, y sangre,
y la he tenido engañada:
pero acabando de darme
un pariente que ha llegado
de Zaragoza, ayer tarde
las nuevas de que mi hermano
ha logrado que se allanen
en la pretencion pendiente,
todas las dificultades;
ya descubriré mi nombre:
y asi te pido dilates
tu partida hasta mañana
para que pueda alegarte
por testigo de que soy
de una familia... *D. Carl*. Antes que hable
con mi muger que alli viene,
no te detengas en valde.
Dila mi resolucion,
y mira si la persuades
à que la apruebe, y se quede
con Jacinta, mientras falte
yo de Madrid: anda, corre. *vase D. Luis.*
Salen Doña Jacinta, Doña Rosa, y Narcisa.
D. *Jac*. Algo te turba, y distrae.
à D. Carlos sobresaltado.
D. Carl. A buen tiempo habeis venido:
yá, muger, de aqui adelante
puedes estar satisfecha,
pues nuestra boda se sabe,
gracias à tu zelo; y todos
vienen à cumplimentarme.
D. Jac. Si soy yo quién te he vendido,

Carlos; un rayo me mate.
D. Carl. Pues me habré vendido yo:
porqué Narcisa no es dable
que sirviendome fielmente
pudiese ella deslizarse:
y de Doña Rosa que es
tan consumada en el arte
de callar, nunca podré
por ningun caso quexarme.
D. Ros. Por mas que usted nos escuse,
me atrevo à jurar no obstante
que yo sola lo conté
à seis amigas, capaces
de secreto. *Narc.* Yo tampoco
he hablado de ello con nadie,
sino con los tres que vienen
à verme todas las tardes:
y à bien que desde el principio
les encargué que callasen.
D. Jac. Vaya: dexemos las burlas,
y dime:- *D. Carl.* Pues sin burlarme,
me despido de tí. A Dios.
D. Jac. Como este pesar me añades?
O no partas, ò te sigo.
D. Carl. Pues disponte para el viage.
Aqui vendrá antes de mucho
un sugeto de mi parte,
con orden de conducirte
à una quinta bien distante,
que habitaré. No mas Corte.
No: no mas poblacion grande.
Mira si quieres dexar
à Madrid, y retirarte;
ò no volverás à verme.
D. Ros. Tan humilde, y manejable
has de ser con tu marido,
que por complacerle trates
de enterrarte en vida? *D. Jac.* Sí;
Jacinta hará quanto mandes. *à D. Carl.*
Siempre será su Madrid
qualquier lugar en que te halles.
Sale D. Luis. Traigo una mala noticia.
En la esquina de esta calle
ví à tu padre, y à tu tio,
que acababan de encontrarse
con el Marqués de la Rueda,
por cuyo medio es constante
que han sabido tu secreto.
Tu tio con gran coraje
juraba que hasta perderos
no ha de parar, pues tu sales
ahora con una boda
tratada sin consultarle.
D. Jac. Qué cuenta usted?
D. Luis. Lo que oye.
D. Carl. Y qué decia mi padre?
D. Luis. Abogaba en favor tuyo:
pero tu tio el salvaje
sin atender à sus voces,
intenta desheredarte.
Iba à buscar un Letrado
que le venda algun dictamen
de que mereces presidio,
y ella convento. *D. Jac.* En tal trance,
me dexas, Carlos? *D. Carl.* Qué remo!
quiero desde ahora armarme
de aquella noble entereza
que à un Filosofo le cabe.
Conjurense contra mi
las sátiras populares:
desheredeme mi tio;
piense pues en mil dislates
contra mí, que yo al momento
voy resuelto à declararle,
que su amenaza es en vano,
y que mi Jacinta vale
mas que sus riquezas todas.
D. Jac. Eres mi esposo, y amante:
conozco, Carlos... Por mí
no te expongas à algun lance.
D. Carl. Esta es mi resolucion:
ahora puedes entrarte
à tu quarto, y no volver
aqui, mientras no te llamen. *vase.*
D. Ros. Su estado me compadece.
Es posible que me afane
yo por cosas de mi hermana?
Hago yo mil disparates
por ser demasiado buena.
Despues de unas piezas tales
como las que me ha jugado...
D. Luis. Qué piezas? *D. Ros.* Imponderables
entre mugeres. Que mas
que haber sabido grangearse
el cariño de un sugeto
que pretendí me obsequiase?
D. Luis. Pues queriendome à mi tanto
siente usted que otros no la amen?
D. Ros. Acaso quiero yo à usted?
D. Luis. Sí, por mas que usted me ultraje.
D. Ros. Narcisa, le quiero? *Narc.* A veces;
segun como corre el aire.
D. Luis. A pesar de esos caprichos,
conozco bien el caracter
de usted, y espero que sea
esposa mia, quanto antes.

D. *Ros.* Me quisiera reir de eso:
y quando ? D. *Luis.* Esta misma tarde.
D. *Ros.* El lo asegura de un modo *à Narc.*
que parece que lo sabe.
D. *Luis.* Sus ojos de usted me dicen...
D. *Ros.* Mis ojos son incapaces
de decir esas mentiras.
Qué insolencia! yo casarme
con un hombre cuya cuna...
D. *Luis.* Y si acaso usted se hallase
de la noche à la mañana
hecha Condesa de... *D. Ros.* Calle:
usted Conde! desatino.
D. *Luis.* Aí está Don Carlos, que hable;
bien conoce mi familia.
Le parece à usted bastante,
que él me abone?
D. *Ros.* Bien... Si... Pero...
Qué podré determinarme?
Y porque hacerme misterios?
D. *Luis.* Tuve motivos muy graves
para ocultar mi nobleza.
D. *Ros.* Hasta que me desengañe
Don Carlos sobre este punto
no espere que me ablande.
Qué alboroto es este? *Narc.* El tio
viene echando tempestades.
Salen Don Dionisio, y Don Esteban.
D. *Dion.* Buena boba, buena boba.
Donde está este badulaque,
ese Filosofo cuerdo
que jamás engaña à nadie
con opiniones erradas;
y que tan solo persuade
con sus acciones? Pero cierto
que esta es de las mas loables.
D. *Est.* Hermano mio, por Dios...
Narc. Miedo me dá su semblante. *à D. Ros.*
D. *Ros.* Voy à responderle. *Narc.* No:
eso seria irritarle. *Conteniendola.*
Dexarle gritar, que importa?
D. *Dion.* Requiebre haste que se canse
à su Jacinta el tal Carlos,
pero sepa votoasanes,
que le privo de mi herencia.
Ya solamente quien case
con mi entenada, ha de sér
el dueño de mis caudales.
D. *Est.* Es posible que un sobrino
à quién tú siempre estimaste:
no ha de lograr...
D. *Dion.* Que se ahorque. D. *Est.* Escucha.
D. *Dion.* Os moriréis de hambre
tú, y él, y su Dulcinea,
y todo vuestro linage.
D. *Ros.* Por gusto quiero decirle,
unas quantas claridades.
D. *Luis.* No le enoje usted.
D. *Ros.* Yo haré,
que estas disputas se acaben.
D. *Dion.* Señora, es usted la ninfa
con quién se casó el vergante
de Carlos? D. *Ros.* Y que tenemos!
D. *Dion.* Qué? Que para desposarse
ustedes, no han observado
todas las formalidades.
D. *Ros.* Qué ha faltado?
D. *Dion.* La licencia
de su tio, y de su padre.
D. *Ros.* Qué necesidad habia
de besar la mano à nadie?
D. *Dio.* Que buena caña es la novia;
no tiene un genio de un Angel?
D. *Ros.* Es usted el suegro? *à D. Est.*
D. *Est.* Sí.
D. *Ros.* Pues si no quiere usted que ande
à araños con el Señor,
medíe aqui en estos debates.
Según Don Carlos me ha dicho,
usted es hombre tratable,
y de razon, con que asi
aprobará por su parte
el casamiento. Y usted
Don usurero triunfante, *à Dion.*
con doblones mal ganados,
no debería alegrarse
de que elija su sobrino
una muger de mi clase,
siendo asi que su entenada
no merece descalzarme?
D. *Dion.* Es esta la Señorita *à D. Est.*
tan modesta, tan afable,
que havia de contener
mi furia apenas me hablase?
D. *Est.* Asi me lo dixo Carlos.
D. *Dio.* El grandisimo vinagre
te engañó... y à vista de esto,
querrás tambien que yo calle?
D. *Est.* No debiera usted, Señora,
decir esas libertades,
pues formaremos concepto
de usted poco favorable.
D. *Ros.* Tanto peor para ustedes,
que tendrán que tolerarme.
D. *Est.* Esta era ocasion de hablar
con humildad. D. *Dion.* Al instante

vamonos de aquí: Madama,
quando usted no se acordase
de mi::-
D. Luis. Ya yo me temia *à D. Ros.*
que parase en esto el lance.
Ustedes ván engañados:::
Señores, oygan, aguarden.
D. *Dion.* No me diga usted palabra;
que daré con todo al traste.
Sino me habláran asi
tal vez pudiera aplacarme:
pero yá que se me vienen
à responder sequedades,
no verán ni un quarto mio
ni se me pondrán delante.
Sale D. *Carl.* No vernos mas! qué violencia!
que mi tio me amenace *à* D. *Est.*
delante de usted, Señor,
y en terminos semejantes!
jamás me persuadiré
à que usted pueda aprobarle
su proceder. Si usted viese
à la esposa cuya imagen
adoro, la defendiera
à un mas que yo. Su semblante,
su crianza, y sobre todo,
su condicion tan afable.
D. *Dion.* Afable! à la vista está.
Qué loco!
D. Est. En nuestro dictamen,
tiene genio muy diverso.
D. *Carl.* Mi muger? *D. Est.* Sí.
D. Carl. Eso no cabe.
Narc. Graciosa equivocacion.
D. Est. Es ayrada, intolerable,
muy imprudente; y me tienen
enfadado sus arranques.
En su presencia lo digo.
D. *Carl.* En su presencia?
mira à todas partes.
D. *Dion.* No me hables.
Estoy hecho una ponzoña.
D. Est. No llames su indole suave,
porque ahora mismo le ha dicho
à tu tio mil ultrajes. *Narc.* Qué risa! *ap.*
D. Luis. Don Carlos, oye.
D. Carl. Dime, amigo; como es facil
que Jacinta... D. *Ros.* Don Dionisio
se quexa de que le traten
como merece. D. *Dion.* Que tal?
D. *Est.* Ya que ella tan arrogante
nos insulta, ayudaré
à mi hermano por mi parte.
D. *Carl.* No, no lo creo; Jacinta
no conoce ésos modales.
Voy à buscarla. *D. Est.* Y à donde?
D. *Dion.* Pues no la tienes delante?
Vaya, la Filosofia,
te llena el celébro de aire.
Sale Doña Jacinta sin hablar.
D. *Carl.* Aqui viene yá en efecto,
para que todo se aclare.
Vén, Jacinta. *D. Est.* Quién es esta?
D. Luis. Su esposa.
D. *Dion.* No nos engañes,
su muger es? *Narc.* Sí: la misma.
D. *Carl.* Dice mi tio, y mi padre,
que tú los has maltratado
de palabras, y aún añaden...
D. *Jac.* Como puede sér, si nunca
tuve la dicha de hablarles?
D. *Carl.* Ay tal embrollo.
D. Luis. Si atiendes,
verás como se deshacen:
creyendo que Doña Rosa
que les dixo iniquidades,
era tu muger. D. *Carl.* Y entonces,
porque no les declaraste
la verdad? *D. Luis.* Era imposible,
no hubo forma de escucharme.
D. Ros. No me vuelvo atrás. Lo dicho,
bien dicho está, y adelante.
A Don Carlos deshereda,
y he de callar? Si me hallase
yo en el lugar de Jacinta
no moriria de achaque
del tio casamentero.
D. Jac. Qué? Mi delito es tan grande?
à Don Dionisio, y à Don Esteban.
Don Carlos puede decir
que siempre fueron en valde
quantas diligencias hizo,
para persuadirme à darle
mi mano, hasta que afirmó
con juramentos formales,
que su padre aprobaría,
muy gustoso nuestro enlace.
A usted debo dirigirme *à D. Est.*
implorando sus piedades,
y pues tanto quiere à su hijo,
y estima el honor, no es dable
que repruebe su eleccion,
y me cargue de pesares.
D. Est. Rendido à tanta humildad
el corazon se me parte.
Carlos no pedo escoger

mu-

muger mas digna, y amable;
pero mi único dolor
es que no sean bastantes
las conveniencias de mi hijo.
Mi hermano pensó dexarle
por su heredero; mas ya
tanto ha llegado à irritarse
con esta secreta union,
que pretende inexôrable,
que Carlos desheredado,
y en su desgracia lo pague.

D. *Jac.* Para enternecer à usted *à D. Dion.*
no me valdré de otras frases,
que las que mi rendimiento,
y mi dolor me dictaren.
Sin conseguir mi perdon *se pone à sus pies.*
no es posible me levante.
Si hubiese yo recelado,
que à Don Carlos resultasen
por mi causa estos perjuícios,
eligiendo antes la carcel
de un Convento; lloraria
la pena de no lograrle,
con su llanto, y sus palabras
Levantala enternecido.
quién no habrá que no se apiade.
Levanta, sobrina mia:::
Lo que siento es, que contrage
con los deudos de el Marqués
de la Rueda, en este instante,
la obligacion de hacer dueño
de todas mis heredades
y dinero, à mi entenada
con quien el quiere casarse.

D. *Carl.* Pues cumpla usted su promesa
al Marqués quanto gustare;
y dexeme à mi Jacinta
en lugar de sus candales.

Sale el Marq. Despues de reñir un poco,
yá habreis hecho al fin las paces.
Sea en hora buena, amigo: *à D. Carl.*
si me hubieras dado parte
de tu boda; hubiera estado
à darte el parabien antes.

D. *Carl.* No te burles de los novios,
que puede ser que no tardes
en serlo. *Marq.* Como tu tio
se conforme; aquí, infragante.

D. *Dion.* No hay que darse tanta prisa.

Marq. Quando Filosofos grandes
como Don Carlos se casan,
qué haremos los ignorantes?

D. *Dion.* Mi entenada es yá de usted,
en nobleza sois iguales. *Marq.* Es cierto.

D. *Dion.* Ella con sus bienes
se halla rica lo bastante. *Marq.* Mejor.

D. *Dion.* Yo ofrecí entregarla
los mios.

Marq. No he de allanarme
à admitirlos, eso no.
No pretendo hacer alarde
de mi generosidad.
Pero son mis facultades
sobradas, y lo han de ser
mas, quando mis tios falten.
Además de que sería
para mi el mayor desayre
enriquecer, en perjuício
de amigo tan estimable;
y asi ha de ser condicion
precisa para el remate
de nuestro nupcial convenio,
que usted no haya de privarle
de su herencia.
abraza à Don Carlos el Marqués.

D. *Carl.* O noble amigo!

D. *Est.* Rasgo nuevo, è inimitable.

D. *Dion.* Sobrinos, mi intencion era
castigaros, y vengarme;
conozco que teneis ambos
la razon de vuestra parte.
Lo siento::: pero seréis
mis herederos no obstante.

D. *Jac.* Siendo ya dichoso Carlos,
se acabaron mis afanes.

D. *Dion.* Vamos, hermano, à firmar
estos contratos à pares.

D. *Carl.* Y si Doña Rosa gusta,
tambien tres pueden firmarse.

D. *Jac.* De que sirve hacer melindres
à D. Ros.
si ya todo el mundo sabe
que quieres à Don Luís? Vaya,
es preciso que te humanes
à ser su esposa.

D. *Carl.* Yo sé
que ocultaba dias hace
su estado, pero conozco
su honradéz, è ilustre sangre.

D. *Ros.* Lo creo: pero con todo::-

Narc. Señora, antes que se pase
la idéa, por humorada
no fuera malo casarse.

D. *Luis.* Ese corazon es mio,
aúnque esa lengua me agravie.

D. *Ros.* Sí, traydor, por mi desgracia
na-

nací yo, para adorarte.
Toma mi mano aunque sé
que es hacer un disparate. *se la dá.*
D. *Luis.* Calla, que por mas que digas,
nuestro amor será durable.
D. *Carl.* Jacinta mia, aunque el pueblo
La toma la mano.
en sus satiras mordaces
ridiculice esta union;
con ella hemos de probarle
que un buen matrimonio es fuente
de inmensas felicidades.

FIN.

COMEDIAS.

Y se vá continuando.

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, calle del Torrente de Junqueras. Año de 1797.

à costa de la Compañía.